JOAQUÍN VELA y JOSÉ L. CAMPÚA

La niña de la mancha

HISTORIETA CÓMICO-VODEVILESCA

en tres actos, divididos en ocho cuadros,

ORIGINAL

MÚSICA DEL MAESTRO

ERNESTO ROSILLO

PRIMERA EDICION

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1931

LA NIÑA DE LA MANCHA

LA NIÑA DE LA MANCHA

HISTORIETA CÓMICO-VODEVILESCA

en tres actos, divididos en ocho cuadros,

ORIGINAL DE

JOAQUÍN VELA y JOSÉ L. CAMPÚA

MÚSICA DEL MAESTRO

ERNESTO ROSILLO

Estrenada con éxito grandioso
en el TEARO ROMEA, de Madrid, la noche
del 27 de Febrero de 1931

PRIMERA EDICION

1931
GRÁFICA VICTORIA
Benito Gutiérrez, 15
MADRID

A nuestro fraternal amigo

Luis González Pardo

director de escena inapreciable, a cuyo afecto, actividad y buen gusto, debemos buena parte de nuestros éxitos en Romea.

Con un fuerte abrazo

Pela y Campúa.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ARABELA	Perlita Greco.
LA REINA ZULÚ	Perlita Greco.
CHEVALIER	La «Yankee».
PERFUMADORA	La «Yankee».
GATO FELIX	La «Yankee».
DOMITILA	Concha Rey.
DORITO REAL	Amparo Taberner.
LA JEREZANITA.	Concha Constanzo.
LA FLORALIA	Blanca Rodríguez.
ARCADIA	Rosa Ortega.
BOTONES 1.º	Srta. Hernández.
MÁRGARA	Srta. Hernández.
BOTONES 2.º	» Aparicio.
IDEM 3.º	» Alvarez.
CLIENTE 1.ª	» Montero.
IDEM 2.ª	» Galindo.
DALMACIO	Lino Rodríguez.
DON NICÓSTRATO	Joaquín Valle (hijo.)
BERÚLEZ	Dionisio Bernal.
DON ACISCLO	Andrés Calvo.
TEÓGENES	José Vilches.
MARQUÉS.	Joaquín Valle.

CONJUNTOS

Botones del Continental. - Admiradoras de Chevalier. - Perfumadoras. - Gatos Félix. - Zulús. Las del desfile final.

En el número final intervinieron todas las tiples y segundas tiples de la Compañía.

Decorado de Bulbena, Burman y Martínez Mollá.
Sastrería de Pepito Zamora.
Atrezzo y muebles, propiedad de la Empresa Romea.
Dirección de escena, Luis González Pardo.
Director de orquesta, maestro Faixá.
Bailables puestos escena por el profesor Roberto.

La acción del Acto primero, en Madrid.
La de los restantes en Villacándida del Conde, pueblo imaginario de la provincia de Guadalajara.

Epoca actual.—Lados, los del actor.

NOTA IMPORTANTE

El segundo y el tercer acto se representarán sin interrupción para la mejor marcha del espectáculo.



ACTO PRIMERO

Elegante y coquetón salón Continental y Limpiabotas, situado en una céntrica vía madrileña. A la izquierda, casi en ochava, gran puerta que da acceso al establecimiento; dicha puerta es de cristales y de las que se cierran por sí solas. A través de los cristales se lee en grandes letras «CONTINENTAL RAYO» y se divisa una gran vía madrileña. En la lateral derecha, otra puerta, de paso a las habitaciones interiores. En el foro izquierda, mostrador, no muy grande, con reja, en la que se abren dos ventanillas bajo los rótulos de «MENSAJERIAS» y «LISTA», respectivamente. Dentro del mostrador una banqueta para que se siente una persona, carpetas, libros, papeles, etc. Entre ambas ventanillas, puerta pequeña que permite entrar y salir al mencionado mostrador. A la izquierda, dos pupitres adosados a la pared y puestos a conveniente altura para que pueda escribir una persona de pié. En los pupitres habrá carpetas, tinteros, papel y sobres. Al foro derecha, formando rinconada y no muy lejos de la batería, un diván sobre una amplia tarima de limpiabotas, pegado a la pared. En la tarima, que deberá tener sus aparatos niquelados para colocar el pié los clientes, toda clase de objetos para la limpieza del calzado: cajas de betún, bayetas, cepillos, etc. así como varios pares de calzado en disposición de limpiar. Encima de dicho diván habrá en la pared un cartel, en el que se leerá claramente: «SALON DE LIMPIABOTAS.-ESPECIALIDAD EN SEÑORAS.-DELICADEZA Y DISCRECION.-LA DEPENDENCIA TIENE ORDEN DE NO LEVANTAR LA VISTA MIENTRAS TRABAJA.» Distribuídos convenientemente por la escena, carteles anunciadores del Patronato del Turismo, un calendario, postales de las que se venden en estos Establecimientos, un cesto para tirar los papeles, etc. El Continental estará decorado elegantemente, pues no conviene olvidar el género arrevistado a que pertenece esta obra. Es de dia, en las primeras horas de la tarde y en época primaveral.

(Al levantarse el telón, DON ACISCLO trabaja detrás de las taquillas ocupado en distribuir las cartas. BERÚLEZ y los BOTONES 1.°, 2.° y 3.° están senta-

dos en el banco del limpiabotas. Las CLIENTES 1.ª y 2.ª escriben sobre los pupitres. Berúlez es un botones con aspecto y cara de golfillo; viste de uniforme. Don Acisclo, encargado del Establecimiento, es un tipo anticuado, de edad madura, con cara quijotesca, de hablar afectadísimo y genio endiablado; viste traje en mal uso, manguitos, zapatillas, etc. Los Botones 1.°, 2.° y 3.°, son señoritas; uniformes arrevistados. Las Clientes son dos jóvenes elegantes y guapas.)

BOT. 1.° (A Berúlez.) Si me das una peseta, te doy diez gordas, que llevo mucho peso.

BERUL. Bueno, dame las diez gordas.

BOT. 1.° Venga la peseta.

BERUL. Apoquina tú primero.

BOT. 1.° ¡Gachó, que desconfiao! ¡Ahi va! (Le da la calderilla.)

BERUL. (Contando.) Dos, cuatro, ocho, diez... Está bien. (Se guarda el dinero y pasea.)

BOT. 1.° Pero, bueno: ¿y la leandra?

BERUL. La Leandra no me ha escrito desde que se fué al pueblo.

BOT. 1.° (Protestando.) Pero... ¡a ver la mosca!

BERUL. ¡Le han echao «Flit»!

BOT. 3.° ¡Que fresco!

BOT. 2.° Abusa porque es mayor.

BOT. 1.° (A Berúlez, entre amenazador y lloroso.) ¡Que me des la peseta!

BERUL. ¡Tu estás mareao! (Van todos hacia él)

BOT. 2.° ¡Dale el dinero al chico!

BERUL. ¡A ver si os doy un tortazo! (Bronca. Le amenazan y chillan todos.)

D. ACIS. (Sacando la cabeza por la ventanilla.) ¿Qué gresca es esa? ¡Silencio!

BOT. 1.° (Llorando) ¡Si es que...!

D. ACIS. ¡A callar he dicho! ¡El primero que hable queda despedido!

BERUL. (Poniéndose un dedo en los labios.) ¡Chitón!

CLIENTA 1.ª (Con el sobre escrito y cerrado va hacia la ventanilla.) ¿La llevarán pronto?

D. ACIS. (Coge el sobre.) Enseguida. (A los botones.) ¡A ver uno! (Todos acuden en tropel. Al ver al Botones 1.° que llora.) ¿Por qué lloras tú?

BOT. 1.° Por... que. Berú...lez me ha cogío u...na peseta.

BERUL. Y tu has cogío una perra.

CLIENTA 1.ª (Al Botones 1.°) ¿Una peseta? Toma dos para que no llores. ¿Vas a llevar tú la carta?

BOT. 1.° (Muy contento.) Si, señora. ¿Espera contestación?

CLIENTA 1.ª No. Llévala enseguida, que es urgente.

BOT. 1.° Como las balas. (Mutis.)

CLIENTA 1.ª Adios, Don Acisclo. (Vase.)

D. ACIS. A sus pies, señorita.

CLIENTA 2.ª (Acercándose a la ventanilla con varios sobres escritos.) Cinco cartas. ¿Cuánto es?

D. ACIS. A ver. (Mirando los sobres.) Hermosilla, 21; Luna, 40; Gaztambide, 70; Arrieta, 15 y Pacífico, 60. Pues, cuatro pesetas. Están todas fuera del radio de la casa.

CLIENTA 2.ª Ahí va un duro. Lo que sobra, para los chicos. (Mutis.)

D. ACIS. ¡Botones! (Acuden todos en tropel, como antes.)

BERUL. (Poniéndose el primero.) Aquí estoy yo.

D. ACIS. Tú no me sirves. (Al Botones 2.°.) Toma, tú, estas tres te caen al paso. (Al Botones 3.°.) Y tú, dos. (Después de entregarles los sobres, les da una «caraba» a cada uno.) Ahí va un real para cada uno.

BOT. 2.° (Mirando los sobres.) ¡Arrea! Gaztambide, Luna y Arrieta... ¡Tós son músicos!

BERUL. Pa eso te han dao el real.

BOT. 2.° (Al 3.°.) Y a tí ¿que te ha tocao?

BOT. 3.° Casi ná: de Hermosilla al Pacífico.

BOT. 2.° (Con chunga.) Podemos ir juntos. (Mutis de los dos.)

BERUL. ¡Ya escribiréis! ¿eh? (Pausa. Saca una moneda de diez céntimos y empieza a jugar, haciendo como si la escamotease. Don Acisclo sale del mostrador frotándose las manos.)

D. ACIS. Ya está lista la ídem. Lo que es hoy ha tenido un éxito la sexta plana de «El Liberal». (Viendo a Berúlez.) Pero ¿ya estás jugando? (Berúlez azorado se guarda el dinero.) Eres incorregible. No piensas más que en el juego. ¡Así tardas en los recados!

BERUL. Es que usté la tié tomada conmigo. Les da

usté cartas a todos, y a mí que me parta un rayo.

D. ACIS. Ya te lo he dicho: mientras sigas entreteniéndote, jugando con los golfos en la calle, no tendrás ni una.

BERUL. ¡Pero si yo no juego!

D. ACIS. (Enérgico.) ¡Porque no te doy cartas!

BERUL. (Malhumorado.) ¡Bueno!

D. ACIS. Y no te me pongas mohíno y cariacontecido que me repeluznan los semblantes nebulosos y las miradas huidizas.

BERUL. ¿Qué ha dicho usté?

D. ACIS. Que jovialices las facies y te pongas a lustrar el calzado.

BERUL. (Mirando el montón de pares de calzado que habrá sobre la tarima.) ¡Y que hay un rato!

D. ACIS. (Corrigiéndole.) Un rato es un espacio de tiempo y no una cantidad de borceguíes.

BERUL. Cómo se conoce que no tié usté que limpiarlos. (Coge una bayeta y se dispone a la faena.)

D. ACIS. Me encocora el trastocamiento de vocablos que hace la plebe. Sobre todo, tú y Dalmacio me crispais con vuestros dicharachos.

BERUL. Todos no hemos leído a Pérez de Ayala como usté.

D. ACIS. Eso os disculpa, pero bien podía habérseos contagiado algo de mi facundia.

BERUL. (Cantando bajito.)

Adios «facundia»,
sin decir a nadie nada...

D. ACIS. (Furioso.) ¡Silencio! Vaya usted adentro, al almacén, a clasificar paquetes. (Váse Berúlez por la derecha refunfuñando.) ¡Y Dalmacio sin venir! Como tarde cinco minutos más, le pongo de patitas en la calle. (Entra en la taquilla.)

Música

(Por la puerta de la calle entran en fila los BOTONES del Continental. Uniformes arrevistados y caprichosos. Todo el número evolucionado.)

BOTONES Cuando de mi casa vine

de botones al «contine»
me pensé que era una mina
pa buscarsė la propina.
Me dijeron: «Sé discreto,
guarda simpre con secreto
la aventura de una dama,
pues su fama
en tus labios puede estar.»
El consejo yo he cumplido,
pues las cartas que he leído
son secretos revelados
de maridos confiados,
de casadas muy coquetas
y solteras muy veletas
que, alocadas y que inquietas,
siempre buscan algún «flirt.»

—

Yo sé soreir y el ojo guiñar
si cartas de amor me toca entregar,
y sé comprender que puedo estorbar
si voy a una «garsonier»
de un don Juan galán.

—

(Sacando una carta, con su sobre correspondiente, del pecho.)

Esta carta es de un vejete
que feliz se las promete
con alguna tobillera que quisiera conquistar

—

(Leyendo la carta.)

Chiquilla pinturera,
monada tobillera,
te espero en el Rialto,
no tardes mucho que estoy que salto.
Capullo tempranero,
encanto mañanero,
tu cara es como un cielo
y estoy lelo
por tu amor.

—

Esta carta es de un vejete, etc., etc.

—

Chiquilla pinturera, etc, etc.

—

(Boca cerrada y hacen todas mutis en fila por donde vinieron. Pausa.)

Hablado

(Por la izquierda viene de la calle DALMACIO CEPILLO, héroe de esta farsa. Es el limpiabotas del Establecimiento, madrileño de los castizos, simpático, con labia y mujeriego, si los hay. Ha cumplido ya la edad, a partir de la cual se aconseja no humedecerse el abdomen. Viste pantalón de pana, blusa negra y encima una americana de calle, boina o gorrilla.)

DALM. (Entrando muy deprisa.) ¡Rediez, qué mujer! ¡Qué monumento! ¡Ay, mi madre, que ha entrao en la tienda de altavoces de enfrente! (Sin dejar de mirar a la puerta, se quita la americana, que deja en el interior, haciendo mutis un momento por la derecha.) Pues yo no me la pierdo de vista. ¡Ya sale! (Se dirige de nuevo a la puerta de la calle.)

D. ACIS. ¡Tarde y con daño! (Sale del mostrador sigilosamente.)

DALM. (Como si chicoleara a alguien.) ¡Adiós, prenda! Y ya lo sabe usté: cuando guste la apunto en mi padrón pa sacarle cédula como consorte honoraria del cabeza de familia.

D. ACIS. (Enérgico.) ¿Qué es lo que va usté a sacar?

DALM. Con esa no se saca ná. ¡Nos ha deshilachao la andovales!

D. ACIS. ¡Basta! No solamente viene usted con un retraso intolerable, sino que, todavía pronuncia palabras inadmisibles, que es lo que me crispa.

DALM. (Mirándole con desprecio y muy chulo.) ¡Acabaca ya regadera!

D. ACIS. Pero ¿como he de decirle que, cuando se dirija a mí, cuide su léxico, modere sus expresiones y seleccione las palabras?

DALM. No se apure usté que desde ayer he aprendío cuatro palabras finas que le van a dejar

a usté consternao. Lo malo es que, como ignoro lo que quién decir, no sé ande meterlas.

D. ACIS. ¡Siempre será usted un chulapo repugnante!

DALM. A propósito: ¡y usté un «esotérico» y un «argonauta». (Muy satisfecho.) (Ya he metío dos.)

D. ACIS. (Sorprendido) ¿Eh?

DALM. (¡Consternao!) (Con aire de superioridad.) ¡Y un «coercitivo» y un «eugenésico»!

D. ACIS. Pero, ¡que dice usted, hombre de Dios!

DALM. Ná, que ya he metío las cuatro.

D. ACIS. ¡Ya lo creo! ¡Hasta los corvejones! (Encarándose con él.) Lo que voy a hacer es despedirlo del Establecimiento si no viene a la hora que tiene obligación.

DALM. Pero, ¿no se acuerda usté que le dije ayer que tenía que ir a la Vicaría? Ahí tengo los papeles.

D. ACIS. ¿Como? ¿Es que se va usté a casar en serio?

DALM. ¡Y tan en serio! Vestío de negro de pies a cabeza. Las señoras del patronato me han convencío.

D. ACIS. ¿Y a la Domitila también?

DALM. Si ha sio ella la que lo ha enredao tó pa que nos casen. (En este momento entra ARCADIA, una doncellita de casa bien, suculenta y coqueta. Viste una falda exageradamente corta.)

ARCAD. Muy buenas.

D. ACIS. ¡Hola, monísima!

DALM. ¡Arremángate que hay barro! Oye, ¿te han hecho la falda por contrata?

D. ACIS. Bueno, Arcadia; ¿usted querrá su correspondencia?

ARCAD. ¿La mía? (Suspira.) ¡Ay! La de mi señorita. Yo no soy más que una triste doncella. (Don Acisclo va a la taquilla.)

DALM. (Castigador.) Pues cuando te canses de serlo, avísame.

ARCAD. No tiene usté posición para eso.

DALM. Te advierto que la posición es lo de menos. Además, que yo tengo recursos pa tó.

ARCAD. ¿De veras? (Quedan muy juntos.)

D. ACIS. (Acercándose a ellos con un paquete de cartas.) Aquí están las cartas. (Viendo el grupo.) ¡Limpiabotas... a sus zapatos! (Dalmacio se separa de Arcadia de mala gana, pero queda a la expectativa.)

ARCAD. (Cogiendo las cartas.) Muchas gracias.

D. ACIS. (Encandilado.) ¡Ay, Arcadia! ¿No le da a usted envidia de las cartas que contínuamente recibe su señorita?

ARCAD. ¡Ay! ¡Tiene tantos protectores! En cambio, a mí no hay quien me heche una mano.

DALM. (Acercándose a ella súbitamente.) ¡Protesto! Aquí estoy yo que, por menos de ná, te pongo un piso.

D. ACIS. (Furioso.) ¡Usted viene aquí a limpiar el calzado y no a molestar a la clientela! ¡Pues hombre!

DALM. Conformes. (A Arcadia.) ¿Quieres que te limpie los zapatos? Te convido a brillo.

ARCAD. ¡Quiá! Que usté, con el aquél del oficio, se aprovecha lo suyo.

DALM. (Mostrando el cartelito.) ¿No te has fijao que en esta casa se prohibe levantar la vista?

ARCAD. Estoy en el secreto. Ya me han contao el truquito del espejo.

D. ACIS. (Amoscado.) ¡A ver! ¡A ver! ¿Qué truco es ese?

DALM. (Retrocediendo y haciendo señas a Arcadia para que no lo diga.) ¡No la haga usté caso!

ARCAD. Pues na, que aquí el «limpia» pone un espejito en la tapa de la caja del betún y, en cuanto llega una parroquiana, abre la caja, coloca la tapa así (Accionado) con el espejito p'arriba, en un sitio aparente, y, mientras ella confiá cree que trabajan solo las manos, resulta que la vista es la que trabaja.

D. ACIS. (Asombrado.) Pero, Dalmacio: ¿cómo se le ha ocurrido a usted semejante diablura? ¡Ay que ver!

DALM. Eso digo yo: ¡hay que ver! Y como está prohibido mirar p'arriba... (A Arcadia.) Con que, ¿te lustro?

ARCAD. Otro día. ¡Aliviarse!

D. ACIS. Y a mí, ¿no me dice usted nada?

ARCAD. Ya he dicho «aliviarse» para que se lo repartan como buenos amigos. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... (Mutis, cantando con música de «Las Castigadoras».) Con la falda muy cortita, muy cortita...

DALM. (Despidiéndola desde la puerta.) ¡Adiós, castigadora!

D. ACIS. Dalmacio, tengo que hablar con usted muy seriamente. (Por la derecha sale Berúlez.)

BERUL. Ya he rematao la faena. (A Don Acisclo.) Si quié usté ver como han quedao los paquetes...

D. ACIS. Voy. (A Dalmacio.) Aplazaremos la conversación, pero ¡cuidado con el espejito! (Váse por la derecha refunfuñando.)

BERUL. ¡Anda mi madre! ¿Le ha cogío a usté el truco?

DALM. La bocaza de la Arcadia se lo ha relatao con todas las indicaciones necesarias al turista.

BERUL. Pero ¿ha venido ya la Arcadia?

DALM. Hace un segundo.

BERUL. (Postineando). Y, ¿no ha preguntao por mí?

DALM. Aquí no. Habrá preguntao en la pescadería que es ande pué haber angulas.

BERUL. ¡Ah! ¿sí? ¿Comparaciones pitorreísticas con mi figura? ¡Pues se ha caído usté! Ya no le relato la continuación del folletín de la rica heredera con una mancha que busca un marido pa que «aztúe» de bencina.

DALM. ¡Pero si ha sido una bróma! (Con curiosidad.) Oye ¿has recogido más datos?

BERUL. Estoy al cabo de la calle. Hoy ha habido carta.

DALM. ¿La tiés ahí?

BERUL. Esta es. (La saca del pecho con misterio.)

DALM. A ver que dice.

BERUL. Ojo, no salga «don Tirilla»

DALM. (Mirando a la derecha.) Descuida que estoy al tanto.

BERUL. (Leyendo la carta.) «Señor Marqués del Pico del pañuelo.»

DALM. Me suena el título.

BERUL. «Muy señor mio: Puesto que está usté de-

cidido a casarse con mi hija y lo pasao, pasao...»

DALM. (Interrumpiéndole.) Oye ¿y qué es lo que ha pasao?

BERUL. ¡No sea usté bruto! Es una alusión a la mancha.

DALM. Cómo se conoce que eres de Ciudad Real. ¡L'has cogido al vuelo! Sigue, sigue.

BERUL. (Leyendo.) «y lo pasao pasao..., yo creo que lo mejor es que nos conozcamos todos personalmente, para lo cual el próximo domingo le espero a usted en mi finca «Las Pampas», situada en el término de Villacándida del Conde, Guadalajara»

DALM. Ahí tiés: ese pueblo no me suena.

BERUL. (Sigue leyendo.) «Hasta el domingo, pues, que ultimaremos las capitulaciones matrimoniales, a base del millón de pesos que aporta mi hija. Suyo efe, efe, eme, e, Nicóstrato Fernán Pérez». (Metiendo la carta en el sobre.) ¡Fin de la novela!

DALM. ¡Protesto!

BERUL. (Asombrado.) ¿De qué?

DALM. Ese marqués me ha pisao la combina.

BERUL. ¿A usté?

DALM. ¡A mí! A Dalmacio Cepillo, el as de los castigadores matritenses.

BERUL. Pero, ¿es que usté ha andao detrás de la argentina del anuncio?

DALM. Dende que lo leí en «El Liberal». ¡Menuda ganga! (Recitando de memoria.) «Americana con una mancha y un millón de pesos casaría con caballero distinguido. Preferible abolengo aristocrático. Dirigirse... etcétera, etcétera.»

BERUL. Y usté, ¿se dirigió?

DALM. Me dirigí.

BERUL. ¿Estando apalabrao con la Domitila?

DALM. Escucha, incauto Berúlez; la Domitila es poco pa mí, porque, con mis circunstancias, yo merezco una mujer que me instale a todo tren, con auto, pianola, avioneta y Pathe Baby.

BERUL. Y ¿había usté pensao...?

DALM. ¡Natural! Porque—es lo que yo me dije, ¡so lila!—una americana con una mancha lo que «nesecita» ès un Cepillo. Y en eso de limpiar no hay quien me meta mano. ¡Maldita sea! (Muy enfadado se sienta en la tarima y limpia un zapato de los que hay en ella.)

BERUL. Bueno; voy a poner la carta en su sitio, no sea que vengan por ella. (Se dirige hacia el mostrador. De la calle llega LA JEREZANITA, vedette de un cabaret y entretenida de postín. Es un poco chula y otro poco ordinaria, a pesar de que viste elegantísimamente.)

JEREZ. Buenas tardes.

DALM. (Sin mirarla, sigue limpiando.) ¡Buenas!

JEREZ. (Sorprendida al ver su actitud.) ¡Dalmacio!

DALM. (Se vuelve y se transforma al verla.) ¡Rebetún, la Jerezanita! Dispense usté, que bajo de seguía.

JEREZ. ¿Que baja usted? ¿De donde?

DALM. De la higuera, ande me hallaba cuando usté entró, ¡so preciosa! (Va hacia ella y la abraza.)

JEREZ. ¡Eh! Que usted estará en la higuera, pero no se ande por las ramas.

DALM. (Sin soltarla.) Es que me agarro al tronco, por que pa mí que hay una breva que está al caer.

JEREZ. (Ríe y coquetea.) No se moleste, qúe no caerá esa breva.

BERUL. (Saliendo de la taquilla.) Ya está la carta en su sitio. (Al ver a la Jerezanita.) ¡Sopla, qué parroquiana! (Se acerca postineando.) ¿Hay que llevar algún mensaje?

JEREZ. Gracias, yo los recados los doy de palabra.

BERUL. ¡Mi abuela! Pero si no la había conocido. (Arrimándose a ella todo lo que puede.) ¿Ha visto usté, señor Dalmacio?

DALM. (Interponiéndose entre los dos.) Yo lo veo tó, só párvulo.

BERUL. (Aparte a Dalmacio.) Ya sé que usté lo ve todo. ¡Menudo raspa! Pero cuidao con el espejito, que «don Tirilla» está al caer.

DALM. Usté vendrá a limpiarse, como si lo viera.

JEREZ. Si, pero enseguidita, que tengo ensayo.

BERUL. ¿Por fin, debuta usté en Madrid?

JEREZ. La semana que viene. Voy de estrella al «Paraíso de Mahoma».

DALM. (Que está preparando los útiles de limpieza.) Allí va a trabajar también otra parroquiana de casa: la Floralia.

JEREZ. Sí, he oído hablar de ella. Puede que no debute.

DALM. Bueno, cuando usté guste...

JEREZ. Vamos. (Se sienta en el diván y coloca los pies en los aparatos niquelados.)

BERUL. (Con ansia a Dalmacio, y aparte.) Déjeme usté que le eche una mano.

DALM. (Empujándole.) (¡Amos, nene! ¡Que te va a dar el sarampión! (Se arrodilla a los pies de la Jerezanita, coge la caja del betún, la destapa, viéndose el espejo pegado a la tapa, echa aliento a dicho espejo y lo limpia con una bayeta, colocándolo después estratégicamente debajo de las piernas de la parroquiana.) Aquí no... (Lo pone un poco más lejos.) ¿Aquí? Tampoco. (Entusiasmado porque ha encontrado al fin lo que buscaba.) ¡¡Aquí!! ¡¡Aquí!!

BERUL. (Que está rabiando por ver algo.) Señor Dalmacio, ¿no quié usté que le limpie el otro?

DALM. Tú, arrea, que tiés que hacer no se qué en los Cuatro Caminos.

BERUL. Y, mientras, usté en Bellas Vistas. ¡Maldita sea! (Pausa. Berúlez pasea amoscado. La Jerezanita está leyendo una revista ilustrada, y Dalmacio limpia, pero sin quitar ojo al espejito, que unas veces está en el suelo y otras lo maneja él a su gusto con la mano izquierda.)

JEREZ. ¿Ha visto usté como me he puesto?

DALM. Ya, ya he visto què se ha puesto usté nüeva.

JEREZ. Pues a ver si me limpia bien, que no se note el barro. No quiero que sepa nadie que he andao a pié, sobre todo hoy, que me traigo una combinación.

DALM. (Sin perder la vista del espejito.) (¡Menuda combinacion!... ¡Que interior pa un campeonato!) (No cesa de mirar.)

JEREZ. ¿Que hace que no limpia?
DALM. Estoy mirando... a ver por donde la meto mano.
JEREZ. Pues dése prisa, que tengo los minutos contáos.
DALM. Y yo. (¡Qué lástima que se usen las medias tan largas!)
BERUL. (Impaciente.) Señor Dalmacio, que tiene prisa.
DALM. Lo que tié lo veo yo mejor que tú.
BERUL. Bueno; ya la veré yo cuando debute.
JEREZ, Ya lo creo. Les mandaré entradas.
BERUL. (Descriptivo.) Y saldrá usté... ¿eh?... Ligerita... ¿eh?
JEREZ. (Ofendida.) Nada de eso. ¿Por quién me toma usté? A mi no hay quien me vea de la rodilla para arriba.
DALM. (¡Que te lo has creido tú!) (De repente da un respingo, extravía los ojos, etc.) ¡¡Ay!!
JEREZ. (Asustada.) ¿Que le pasa?
DALM. (Apoyando las manos en la tarima y clavando los ojos en el espejo.) ¡Quieta! ¡¡No se mueva!!
JEREZ. Pero, ¿que busca usted?
DALM. El cepillo.
BERUL. (Tirándose al suelo.) Déjeme usté, a ver si lo veo yo.
DALM. ¡Quita, niño, que ya lo he encontrao! (Coge el cepillo y lo muestra en alto. En este momento llega de la calle LA FLORALIA, otra coupletista guapa y tal.)
FLORA. Buenas tardes.
BERUL. (¡Anda, la Floralia!)
DALM. (A esta la limpio yo también)
JEREZ. ¡Hola, monísima!
FLORA. ¡Adios, «Star»
BERUL. (Acercándose a ella muy fino.) ¿Limpiamos?
FLORA. Luego. Ahora vas a llevar una carta al «Paraíso de Mahoma»
DALM. Cuidao con las huríes, tú.
FLORA. (Entregándole una carta que saca del bolso.) Toma. No espera contestación. (Berúlez estira la mano.) Luego te pagaré, que no llevo suelto. ¡Corre! ¡Deprisa!
BERUL. (¿Pa qué nacería yo en martes?) (Váse muy «mosca» a la calle.)

JEREZ. (Que ha terminado de limpiarse el calzado y baja de la tarima.) ¿Que? ¿Es que ya no debutas?

FLORA. ¿Por qué? ¿Por qué no me dejas cantar los «couplés» de tu repertorio? ¡Bah! Yo los éxitos no los tengo por los «couplés» los tengo gracias a la voz.

JEREZ. A «La Voz» y a todos los periódicos, que hay que ver la reclame que te haces.

DALM. ¡Digo! ¡Como que traen tós los días planas enteras dedicás a La Floralia.

FLORA. Y las que van a traer en cuanto que estrene la rumba del Cimarrón que ha escrito para mi el maestro Vinajos.

JEREZ. (Picada.) ¡Ay, qué rica! ¡Si la que va a estrenar esa rumba soy yo! Me la ha prometido Hernández de Lorenzo, que es el autor de la letra.

FLORA. Ya lo sé. Pero dice Vinajos que se la dará a la que la baile mejor.

JEREZ. Por eso la que la estrena soy yo.

FLORA. ¡Magras del Perú! (Hay un poco de bronca.)

JEREZ. (A Dalmacio.) ¿Ve usté que pretensiones?

FLORA. (Idem.) ¿Se ha fijao usté que ilusa?

DALM. Hombre, yo, la verdad, sin ver cómo se rumbean ustés, no puedo opinar.

JEREZ. Pues va usté a verlo.

FLORA. Ahora mismo.

DALM. (Como salga el Encargao, hay tiros.)

Música

ELLAS Un «simarrón», «simarrón», «simarrón»,
(«simarrón»
en el bosque una tarde me «tropesé», y me
(asustó.

DALM. El «simarrón», «simarrón», «simarrón»,
(«simarrón»
era un vivo, de fijo, que quiso hacer igual
(que yo.

—

ELLAS No corras tú,
el negrito me dijo gentil,

porque al bambú
de tu cuerpo me quiero «señir».
Dame tu amor
que más dulce que el mango será
y quiero yo
«sus delisias» gustar

DALM. ¡Qué «sanguango» más vivo,
me caso en la mar!

ELLAS Ven a mi lao,
que yo tengo un coquito pa tí;
anda salao,
que es la fruta más «dulse» de aquí.
Ven junto a mí
y mi coco por fin te daré
que su agüita beber es placer
que convida a vivir.

Recitado sobre la música.

LOS TRES Dale tú al mango, a la banana, deprisa;
dale que dale, que a mamey te convido;
toma banana, toma piña y papaya
que es lo mejor de mi país.

Cantado.

Un simarrón, simarrón, simarrón, simarrón
en el bosque una tarde me tropesé y me
(asustó.

(Bailan unos compases clásicos de rumba, ellas con gachonería, él grotescamente y terminan los tres en escena en una postura de final.)

Hablado

DALM. Bueno, se rumbean ustés de un modo que da vértigos.

FLORA. ¡A ver! ¿Que se había usted figurao?

JEREZ. Se pensará usted que todas somos como su novia, que se ha educao en la Escuela Berlitz.

FLORA. (*Con guasa.*) ¡Ah! Pero ¿tié usté una novia fimística?

JEREZ. (*Idem.*) ¡Una niña de la «Caste»!

DALM. ¡Eh! ¡Poco a poco! Que mi futura es chula ande esté la primera. Lo que pasa es que ella estuvo de criada en una Escuela de idiomas y se la pegaron unas cuantas palabrotas raras. Pero es cigarrera.

JEREZ. Menos mal.

DALM. Ahora que eso no quita pa que yo esté dispuesto a dejarla plantá como un aligustre en cuanto una de ustés me guiñe un ojo así y me diga: «echa p'alante, negro, que tiés tajo».

FLORA. (*Guiñándole un ojo.*) Pues eche usté p'alante, que ha caído pieza. (*Se dirige al diván del «limpia».*)

DALM. (*Entusiasmado.*) ¡Olé las mujeres!

JEREZ. Quiere decir que ande usted a sacarle brillo.

DALM. Yo saco tó lo que haiga que sacar.

FLORA. Si te esperas, te acompaño luego.

JEREZ. Si no tardas...

DALM. (*Arrodillado en la tarima y dispuesto a limpiar el calzado a la Floralia.*) No, un par de horas tó lo más. (*Preparando el espejito de marras.*) (A ver si tengo más suerte con esta, que la otra se abriga demasiao) (*Mira y da un respingo.*) ¡¡Ay!!

JEREZ. ¿Qué pasa?

DALM. ¿He dicho que iba a tardar un par de horas?

JEREZ. ¡Y es usted capaz!

DALM. Pues me he equivocao. Aquí tengo yo tarea hasta mañana a las once. (¡Esto es lo bueno y no las sedas y los encajes!) (*Se queda mirando al espejo sin limpiar.*)

FLORA. ¡Pero, vamos, no se distraiga! ¿En qué estará usted pensando?

JEREZ. Estará preocupao por si le sale mal lo de la boda.

DALM. ¡Quiá! Precisamente lo veo tó de color de rosa. (*En este momento llega de la calle DOMITILA, guapota ella, chula ella y cigarrera ella. Su lenguaje es*

pintoresco y castizo, salvo alguna que otra palabra extranjera que mezcla en la conversación y que deberá pronunciarla con el mismo tonillo madrileño y chulesco que emplea siempre. Viste de calle, con pañuelo negro de flecos. Trae en la mano tres ruedas de cigarrillos que deja, al entrar, sobre un pupitre.)

DOMIT. (Desafiadora.) ¡Buenos días por la tarde!

DALM. (Aterrado.) (¡Arrea, la Domitila!).

DOMIT. (A ellas.) «Bon yur, madames» (Todas las palabras extranjeras las dirá como van escritas.)

JEREZ. (Seca.) Buenas.

DOMIT. (A Dalmacio, sacudiéndole en un hombro.) Oye, tu, que he dicho «guten-aven».

DALM. Di lo que quieras, pero sin tocar, que me se vierte el frasco. (Porque en este momento está echando al cepillo líquido de un frasco.)

DOMIT. ¡Qué rico! (Mirando a ellas con retintín.) ¿Es qué tienes hoy «rande-vús»?

DALM. Lo que tengo es mucho trabajo. Con que... déjame en paz.

DOMIT. «¡Ol rai!» (Vuelve a mirarlas.) No están mal. Son «yolis» (Súbitamente a Dalmacio con las del veri.) Dispensa que te interrumpa la escena del sofá, pero es que la doña Inés que te has hechao no me peta. (Le da un manotazo en un hombro y le hace caer todo lo largo que es.)

DALM. (En el suelo.) Domitila, que me estoy ganando el pan.

DOMIT. Lo que te estás ganando es una torta, ¡so golfo! (Cogiendo la tapa de la caja del betún que tiene el espejo.) ¡Ya tenías puesto el espejito y tó!

FLORA. (Se levanta escamada.) ¿Eh?

JEREZ. ¿Como?

DOMIT. ¿No te tengo dicho que tú no tiés que ver más ligas que las mías?

FLORA. Pero... ¿es qué?

DOMIT. Que a estas horas ya tié noticias este sinvergüenza de cómo anda usté de ropa interior.

DALM. (A Domitila indignado.) ¡Miá que eres imprudente! ¡Si no la gasta!

JEREZ. (Ríe.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Pero, chica, ¿es que te has venido sin...?

FLORA. ¡Habráse visto! ¡Sinvergüenza! ¡Poca lacha! ¡Sátiro!

JEREZ. No te enfades; que ya no tiene remedio.

FLORA. ¿Que no? ¡Le saco los ojos! (Se abalanza hacia él.)

DOMIT. (Sujetándola.) A mi hombre no le toca usté, ¡«mon Dié»!

FLORA. (Con chufla.) ¡Anda, si es la de Berlitz!

DOMIT. Soy de Argumosa, bautizá en San Cayetano..., ¡y pa flamenca yo! (Se abalanza sobre La Floralia, interviene también La Jerezanita y hay un momento en que aquello es una batalla campal entre las tres mujeres.)

DALM. (Muy ufano.) (¡Las tres..., las tres pegándose por mí!) (Al ruido sale Don ACISCLO y consigue separar a las contendientes.)

D. ACIS. ¿Que pasa? ¿Qué es eso? Pero, señoras, ¿cómo tal colisión en esta casa?

JEREZ. El «limpia» que nos ha salido rana.

FLORA. Es la última vez que entro en este antro.

D. ACIS. ¿Ha dicho usted antro?

FLORA. ¡He dicho que no entró! (A la Jerezanita.) Vámonos, tú, que ya tengo yo quien le arregle las cuentas a este tío mirón (Váse airada a la calle.)

JEREZ. (Chula, volviéndose antes de llegar a la puerta.) «Au revoir», (Mutis.)

DOMIT. ¡«Gud-money»!

DALM. ¡«Alons anfant de la Patrie»!

D. ACIS. (Campanudo.) Por lo que he podido colegir, ha sido usted el Napoleón de este «Waterlóo.»

DALM. Un momento, Flammarión. Aquí no hay más Napoleona que mi futura Domitila.

DOMIT. Haz el favor de no llamarme Domitila, que me pone frenética. La moda es cortar los nombres.

DALM. A tu gusto, Tila.

D. ACIS. Pero esta señora...

DOMIT. (Encarándose con él.) Señorita, «madmuasel», «mis», «froilán»...

DALM. (Se lo ha dicho de cuatro maneras distintas.)

D. ACIS. ¿Es usted la que ha armado esta marimo-

rena? ¡Está bien! ¡No quiero saber más! (A Dalmacio.) Usted queda despedido. A la hora de cerrar liquidaremos cuentas.

DALM. Si es que...

D. ACIS. ¡Basta! Y cuidadito con que se oiga ni el ruido de un insecto. (Entra al mostrador.)

DALM. (¿Lo ves?) ¡Expulsao por tu culpa! ¿con qué nos vamos a mantener de que nos casemos?

DOMIT. (Muy cariñosa.) No te apures, tú, «mon viyú», que yo tengo tó lo que apetezcas..., ¡hasta mejores vistas que esas lágartonas que estaban aquí, ladronazo!

DALM. (Haciéndose el interesante.) ¡Eso! Vente ahora con mimos, después del disgusto que me has dao con tus celos.

DOMIT. (Comiéndoselo.) ¿Y cómo no quiés que tenga celos, si te veo siempre rodeao de gachises? ¡Y con lo requeteguapísimo que eres!

DALM. (Bajando los ojos.) ¡Eso es lo que me mata!

DOMIT. ¡Si tiés que volverlas locas a toas, señor! Como me has vuelto a mí que, dende que te conozco, me estoy quedando sin parroquia, porque, en cuanto que echo tabaco bueno en los pitillos, te me lo fumas tú.

DALM. (Olfateando.) Y que hoy llevas unas ruedas que huelen a habano.

DOMIT. (Temerosa.) Sí, son pa Don Nicóstrato.

DALM. (Muy «mosca».) ¿Pa Don Nicóstrato?

DOMIT. Sí, me ha pedido más.

DALM. Pero, oye: ¿tú te figuras que yo voy a creer que ese tío se fuma una rueda cá dos horas? Porque es que tú, cá dos horas estás en su casa a llevarle tabaco.

DOMIT. (Tímidamente.) Me lo pide y paga bien. Tié mucho dinero, ¿sabes?

DALM. Pues que fume puros.

DOMIT. También los fuma. ¡Si tié un carro de millones!

DALM. (Enérgico.) Pues aunque tenga un carro, tú no le llevas más ruedas.

DOMIT. ¿Es que tiés celos? ¡Encima de los pasos que estoy dando pa que no puedas separarte de mi lao! Precisamente esta mañana he

estao en el Patronato y me ha dicho la Marquesa que dejemos los juegos de cama de su cuenta.

DALM. (Dándola coba.) Esos... déjalos de la mía. Bueno; vete a llevarle eso a ese, pero dile que pa otra vez, el que va soy yo.

DOMIT. ¡Celosón!... Toma una rueda pa que se te pase. (Se la da.)

DALM. ¿Una na más? ¿Y si me se pincha?

DOMIT. Toma otra de repuesto. (Dalmacio las coge y las deja en la tarima.)

DALM. Disipá la nube... (Enternecido.) ¡Tila!

DOMIT. (Melosísima.) ¡Ay, vas a ser mi ruina! «¡Charmant»!

DALM. (Hecho jalea.) ¡Embustera!

DOMIT. (Idem.) ¡«Mai lov»!

DALM. ¡Poliglótica!

DOMIT. ¡«Mainger» (Se besan. En este momento Don Acisclo asoma la cabeza por la ventanilla.)

D. ACIS. Pero, ¿qué película es esa?

DOMIT. ¡Ay! (Da un grito y sale corriendo por la puerta de la calle.)

DALM. Una de Greta Garbo, ya lo ha visto usté.

D. ACIS. ¡Pues se ha cortao! Vaya inmediatamente a arreglar sus cuentas para liquidar esta noche.

DALM. Pero, ¿me echa usté de verdá?

D. ACIS. ¡Quítese de mi vista!, que tengo los nervios de punta!

DALM. Mira que decir que está nervioso. El que debía estar nervioso soy yo. ¡Si no fuera por la Tila! (Mutis por la derecha.)

Música

(Por la puerta de la calle aparecen ARABELA y DORITO. Ella es una muchacha joven y bonita, habla con marcado acento argentino y viste elegante traje de calle. El, aunque representado por una señorita, es un pollo pera deportista y muy pagado de sí mismo. Los dos salen corriendo, ARABELA primero. Este duetto debe hacerse muy evolucionado, muy en opereta.)

DORI. ¿Adonde vas
corriendo así
que no hago más
que ir tras de tí?
ARAB. Es del galán
obligación
ir con afán
tras de su amor.
DORI. Pero esto es ya
mucho correr.
¿Qué es lo que acá
vendrás a hacer?
ARAB. Espera que
ya lo sabrás.
Tu sígueme
y lo verás.

—

DORI. Mira, no te entretengas mucho
porque tengo yo que hacer.
Piensa que yo el domingo lucho
contra el «Málaga F. C.»
ARAB. Mira, si quieres que te quiera
tú te tienes que aguantar.
Calla, que al sitio que yo fuera
me tendrás que acompañar.

—

DORI. No puede ser,
que he de jugar.
ARAB. Pues al correr
te has de entrenar.
DORI. Sin discusión
es la mujer
la perdición
de un equipier.

—

ARAB. Ven, no te alejes tú de mí
que no hay deporte igual al del amor
y yo estoy por tí
que me muero si no siento tu calor.
DORI. ¡Ten prudencia, por favor!
ARAB. Tu eres toda mi ilusión

y entre tus brazos solo soy feliz
y mi corazón
es dichoso si palpita junto a tí.

DORI. ¡Ay, tú vas a ser mi perdición!
¡Ya no puedo ser un campeón!

ARAB. Ven, no te acuerdes del futbol,
que yo con mis caricias te daré
la compensación
si en el campo te llegaran a vencer.
(Bailan hasta el final del número.)

Hablado

ARAB. «Oite» una cosa, mi gaucho: ¿verdá que me «querés»?

DORI. Vamos, chica, no te pongas melosa que pueden vernos y costarnos un «penalty».

ARAB. (Amorosa.) No me «huyás», que tu «resistensiá» me «ensiende» más.

DORI. Arabela, ten juicio.

ARAB. Imposible. Vos me lo quitaste. (Apoyándose lánguidamente en el hombro de Dorito.) ¿No sabes que estoy loca por vos?

DORI. (¡Estoy por mandarla al «corner»!) (Por la izquierda entra Berúlez y queda sorprendido al verlos abrazados.)

BERUL. (¡Arrea que grupito!) ¿Son ustés rotarios?

ARAB. ¿Eh? ¿Qué «dise»?

BERUL. Lo digo por el apoyo mútuo.

DORI. (Separándose de Arabela.) Es que a la señorita le ha dado un mareo.

BERUL. ¿Y le ha pillao a usté solo? ¡Los hay con suerte!

DORI. Bueno, peque, menos guasa, que si chuto vas a hacer «gol» en la ventanilla.

BERUL. (Achicado y señalando a Don Acisclo.) ¡No! ¡Está Zamora! Se acerca a la ventanilla y se encuentra a Don Acisclo apoyado de bruces en el mostrador y durmiendo a pierna suelta.) ¡Don Acisclo! ¡Mi madre! ¡Si está roque! Pues yo no le despierto. (A Dorito.) ¿Querían ustés algo más, en consonancia con el Establecimiento?

DORI. Hemos venido a escribir una carta.

BERUL. Pues ahí tién recao. (Separándose.) (¿Ande se habrá metido el señor Dalmacio?)

ARAB. (Aparte a Dorito.) Dale un peso, ché

DORI. No tengo suelto.

BERUL. (Mirando fijamente a Arabela.) (¡Mi abuela! ¡Pero si esta americana es la de la mancha!)

ARAB. (Dando un duro a Berúlez que saca de su bolsillo.) Tome, viejo.

BERUL. Muchas veces. Con permiso, me retiro. Supongo que, si le repite el vahído, con que esté el señor es bastante. (Dorito hace señal de chutarle y Berúlez sale de estampía por la derecha, al tiempo que dice:) (Yo se lo digo a ese.)

DORI. Chica, eres atroz dando duros.

ARAB. Con rica plata todo tiene arreglo como «dise» mi papaíto.

DORI. Tu padre piensa como lo que es: un nuevo rico.

ARAB. ¡Que va, viejo! El sabe bien que teniendo dinero todo se compra.

DORI. Por eso este verano quiso un día bañarse en el Sardinero y, porque le dijeron que esperase a que bajara la marea, se enfadó gritando: «Yo no tengo que esperar a que baje nada. ¿Cuanto vale la marea?»

ARAB. Macanas tuyas.

DORI. Bueno; anda, escribe lo que sea, que me están esperando en el Stadium.

ARAB. ¿No comes hoy conmigo?

DORI. Es inútil. Debo sacrificarme con tal de seguir siendo el mejor delantero centro del mundo. Mientras dura la temporada, nada de amor. Gimnasia y duchas... Anda, ve a escribir esa carta.

ARAB. Pero no te «alejés».

DORI. No, mujer. (Arabela ante un pupitre, escribe. Dorito curiosea en la puerta de la calle. Por la derecha se asoman sigilosos Dalmacio y Berúlez.)

DALM. Y ¿díces que es la niña de la mancha?

BERUL. La misma.

DALM. Pues mira, no me parece mal esa americana... y eso que está vuelta.

BERUL. De que acabe la verá usté mejor.

DALM. Esperaremos. (Desaparecen los dos.)

ARAB. (A Dorito.) «Escuchá» lo que le digo.

DORI. ¿A quién?

ARAB. A ese «sinvergüensa», «desgrasiao» que se presta a ser mi marido. (Lee.) «Muy señor mío» ¿Y que más le digo?

DORI. Lo que se te ocurra.

ARAB. «Díctamelo» vos.

DORI. Pues escribe. (Arabela vuelve al pupitre y se dispone a escribir.) «Sepa usted que, si he dado un tropezón en la vida, conservo todavía un corazón puro; por eso no me apuro por mi desgracia, pues siendo puro mi sentimiento, el que no sea puro mi cuerpo es más disculpable».

ARAB. ¡«Oí»!, que van cuatro puros seguidos!

DORI. Es verdad. ¡Se va a marear!... Mira, pon lo que tú quieras.

ARAB. (Escribiendo.) «Hasta que nos veamos y, esperando que el día que me conozca no he de causarle mala impresión, queda suya afectísima, Arabela Fernán Perez». (Mete la carta en un sobre.) Ya está.

DORI. ¡Magnífico!

ARAB. ¿Magnífico? ¿Eso se te ocurre «desir» cuando ves que voy a casarme con otro?

DORI. Es preciso. Yo me debo al deporte.

ARAB. ¿Y qué? ¿Te impidió el deporte enamorarme hasta perder la «cabesa?»

DORI. Es distinto. Yo puedo amar, pero no casarme. Todo lo contrario que el Marqués, tu futuro.

ARAB. ¿Qué es lo que no puede el Marqués?

DORI. Escucha. (Le habla al oido.)

ARAB. (Gesto de estupor.) ¿Es posible?

DORI. Por eso lo he elegido entre los mil aspirantes a tu mano... y al millón de pesos.

ARAB. ¿Y si te hubieras equivocado?

DORI. No hay miedo. Aunque en España nadie le conoce, yo me he enterado bien de la historia de tu futuro. El Marqués del Pico del Pañuelo pasó su juventud en Rusia y allí

se enamoró locamente de una danzarina que murió en sus brazos. Desde entonces, cuando estrecha entre ellos a una mujer, se imagina que es aquella y cae sin sentido.

ARAB. ¿Y cuando vuelve?

DORI. Cuando vuelve... ya no vuelve a abrazarla.

ARAB. Luego, ¿sólo tendré un marido de adorno?

DORI. (Con intención.) De mucho adorno, eso sí.

ARAB. (Suspira.) ¡Ay! En fin, la entregaré en la lista. (Se dirige a la ventanilla y llama.) ¡Señor! ¡Señor! ¡Don Roque!

D. ACIS. (Despertando y asomando la cabeza por la ventanilla.) ¿Eh? ¿Qué es eso de Don Roque?

ARAB. Yo, como un botones que vino miró ahí dentro y dijo: «está róque»..., creí...

D. ACIS. ¡Ah! ¿Un botones? ¡Lo mato! (Sale precipitadamente del mostrador.)

ARAB. Pues yo quería dejar esta carta. (Se la entrega.)

D. ACIS. ¡Ah! ¿Para el Marqués? Perfectamente.

ARAB. (Dándole un duro.) Tome, para usted.

D. ACIS. (Tronchándose.) Agradecidísimo.

ARAB. ¿Vamos, Dorito?

DORI. (Que en este momento está muy interesado, escuchando algo desde la puerta de la calle.) Espera. ¿Qué música es esa que se oye?

D. ACIS. Será el altavoz de la tienda de aparatos de radio que está en la esquina.

ARAB. ¿Y qué tocan? (Abre la puerta y se oye claramente el sonido peculiar de un altavoz y una voz que dice:)

ALTAVOZ (Dentro.) ¡Atención! ¡El número de moda! ¡Las admiradoras de Chevalier!

D. ACIS. No puedo con esta moda de Chevalier. Todas la mujeres están locas por él.

ARAB. ¡Oh, a mí me encanta! ¡Qué rico tipo, ché!

ALTAVOZ Interpretado por Mauricio Chevalier y las segundas tiples de Romea. ¡Atención!

ARAB. Me «parese» que lo estoy viendo.

OSCURO Y MUTACION

Música

(Cae en primer término un telón fantástico, ocupado en el centro por una monumental figura de Chevalier, en dorado, en la que destaca, como su trazo más brillante, su eterna sonrisa triunfadora. Alrededor, como motivos de adorno, se puede ver unas «girls» bailando, unos aeroplanos, algún rascacielos, la torre Eiffel de París, una bandera francesa, otra norteamericana, etc., etc. Mucha luz y mucho colorido, dentro de la fantasía del pintor, que debe pintar este telón a su gusto, buscando un efecto espectacular de revista moderna. Con los primeros compases salen «Las admiradoras de Chevalier», segundas tiples. Trajes fantasía, con una faldita corta que, al levantarla, permite ver, pintado por dentro, una cabeza caricaturesca del famoso Chevalier. A la segunda parte del número, sale la Bailarina, de «smokin» y sombrero de paja, imitando en el baile, en los movimientos y en los gestos al popular as de la pantalla. Cuando suena en la orquesta el motivo de «El desfile del amor», las segundas tiples se levantan la faldita, con el truco que ya hemos dicho, y la Bailarina simula cantar dicho motivo abriendo y cerrando los labios. Al final, baile animadísimo.

ADMIRAD. Como buena admiradora
de los ases del cinema
es mi gran placer
en el cine ver
al genial artista Chevalier.
Me entusiasma y me enamora
su ademán castigador
y en cuanto le ví
en su primer «fil»
al momento consiguió lograr mi amor.

—

¡Chevalier!
es el artista,
¡Chevalier!
que me conquista.
¡Chevalier!
el mago del cinema.

¡Chevalier!
París te diera,
¡Chevalier!
su gracia entera.
¡Chevalier,
y siempre Chevalier!

(Terminado el número, oscuro, mutación y aparecen el Continental y los personajes en la misma disposición que estaban.)

Hablado.

ARAB. ¡Oh, Chevalier! (A Dorito.) ¿No te entusiasma?

DORI. ¿A mí? Mientras no se haga jugador de futbol, como si no existiera.

ARAB. «¡Andate!» ¡Ay, si mi papaíto me hiciera caso, yo con quien me casaba era con Chevalier! (Váse seguida de Dorito.)

D. ACIS. (Despidiéndoles muy fino desde la puerta.) ¡Adiós! Que ustedes lo pasen bien. (Vuelve al centro de la escena en el momento que salen por la derecha Dalmacio y Berúlez, aquél con su chaqueta al hombro.)

DALM. (Refiriéndose a Arabela.) Que te digo que me ha gustao.

D. ACIS. (Encarándose con él.) ¿Qué es lo que le ha gustado a usted?

DALM. ¿A mí? El arroz dende chico.

BERUL. ¡Juy! ¡Qué golpe! (Ríe.)

D. ACIS. No le digo a usted nada porque ya no está bajo mis órdenes. ¡Ande usted a recoger sus chismes!

DALM. ¡A la de tres! (A Berúlez.) Ayúdame, tú. (Se dirigen a la tarima y recogen los cacharros. De la calle llega el MARQUES DEL PICO DEL PAÑUELO, hombre de edad madura, pero elegantísimo. Cree que se da un aire a Adolfo Menjou y él procura acentuar el parecido.)

MARQUES Buenas tardes, don Acisclo.

D. ACIS. Venturosas, señor Marqués.

MARQUES ¿Tengo misiva?

D. ACIS. Dos. Una recientísima. (Va a la taquilla.)

BERUL. Señor Dalmacio, ahí está el Marqués.
DALM. ¿Es ese el de la bencina?
BERUL. El mismo. (Quedan observando.)
D. ACIS. Aquí tiene usted. (Le entrega dos cartas.)
MARQUES (Rompiéndolas.) Ya no me interesan. Se refieren a un asunto que debía ultimar en estos días, pero he desistido de él.
BERUL. ¿Oye usté, señor Dalmacio?
DALM. Soy todo auriculares. (Siguen atentos.)
MARQUES Aquí entre nosotros, le diré que se trataba de un matrimonio por dinero. Por fortuna me han contratado para hacer la versión española de una película de Adolfo Menjou y esta misma tarde saldré para Hollivood.
D. ACIS. ¡Que sea enhorabuena!
MARQUES La acepto, la acepto porque esa bodita me sonrojaba un poco.
D. ACIS. Entonces..., el abono a la lista...
MARQUES A eso he venido principalmente: a liquidar. (Saca la cartera.)
D. ACIS. (Presentándole un papel que extrae del bolsillo.) Aquí está la nota. Son siete años.
MARQUES ¿Siete años en descubierto? Veamos. (Busca los lentes en los bolsillos, pero como se hace un lío con el bastón y la cartera, acaba por dejar ésta sobre el diván del limpiabotas. Esto debe verlo el público claramente, pero no así Dalmacio ni Berúlez. Leyendo la nota.) ¡Caracoles! ¡Dos mil pesetas! El caso es que no llevo tanto dinero encima. (Azoradísimo.) Yo creí que sería cosa de tres o cuatro duros. En fin, me llevo la nota y giraré..., giraré desde Hollivood.
D. ACIS. Como usted guste.
MARQUES Pues nada, nada, lo dicho: a mandar.
D. ACIS. (Eso, a mandar los cuartos.)
MARQUES (Hecho un taco.) (¡Caray, si yo sé esto.) (A Don Acisclo que le acompaña a la puerta.) Nada, no se moleste. Se salir. ¡Adiós! Giraré... ¡Adiós! ¡Giraré!... (Mutis.)
DALM. (Girará a la derecha.)
D. ACIS. Adiós... y buen viaje. (Empiezan a llegar Botones que entregan cartas a Don Acisclo. Dos parroquianas

nuevas ocupan los pupitres. Hasta el final del acto, gran animación.)

BERUL. (Que acaba de coger la cartera del Marqués.) Señor Dalmacio, mire usté: ése gachó se ha dejao la cartera.

DALM. A ver... (La registra.) Tarjetas coronás, documentos... ¡Ay, Berúlez, qué idea de película sonora me se está ocurriendo!

BERUL. ¿Le llamo?

DALM. (Súbitamente.) ¡No! (Guardándosela.) Se la mandaré a Hollivood.

BERUL. ¿Y se va usté a ir y a dejarnos?

DALM. Me se ocurre una idea pa quedarme.

BERUL. ¿Cuála?

DALM. Que sus declaréis en huelga los botones pa coaccionar al encargao y que no me eche.

BERUL. ¡Hecho!

DALM. ¡Eche!

BERUL. Digo que cuente usté conmigo. (Reúne a todos los Botones en un rincón y simula echarles un discurso. En este momento entra la Jerezanita.)

JEREZ. Aquí estoy yo.

DALM. ¿Usté? ¿Y viene usté a que la limpie?

JEREZ. ¿Por qué no? He vuelto a meterme en lodo, y, después de todo, si me pone el espejo peor para usted que pasará un mal rato. (Se sienta en el diván del «limpia».)

DALM. ¡Olé las hembras barbianas! Si lo que le pasa a usté es que no pué vivir sin mí. (Se arrodilla dispuesto a la faena.)

JEREZ. Puede, pero ¿estaremos seguros?

DALM. A mi vera hágase cuènta que la protege la escuadra inglesa.

JEREZ. ¿No habrá submarinos?

DALM. (Que ha entrado un momento antes con las del veri.) Hay minas, que pa el caso es lo mismo.

DALM. ¡Arrea! ¡Una mina! (Se levantan.)

DOMIT. Lo era pa tí, pero se te ha terminao el biberón. ¡A otra «chose»!

DALM. ¡Tila!

DOMIT. ¿Estás nervioso? (Encarándose con la Jerezanita.) Y usté ¿es què ha decidío empeñar las alhajas pa mantener a este parásito?

JEREZ. (*Metiéndole la cara.*) Y si así fuera ¿qué?

DOMIT. Ná. ¡«Mon Die», que «chigoló»!

DALM. Escucha, Tila.

DOMIT. El nombre entero que desde hoy no quiero que te lleves mío ni una sílaba.

DALM. ¡Pero oye!

DOMIT. (*Volviéndole la espalda.*) ¡«Chókin»!

DALM. Pero—¡maldita sea!—¿es que me voy a quedar en la calle desamparao?

BERUL. (*Acercándose.*) Eso no, que yo le protejo.

DALM. ¿Van a la huelga?

BERUL. ¡Tós! (*A los Botones.*) ¿Verdá?

BOTONES ¡A la huelga! ¡¡A la huelga!! (*Gran escándalo.*)

D. ACIS. (*Saliendo aterrado del mostrador.*) Pero ¿qué es esto?

BERUL. ¡Fuera «Don Tirilla»!

BOTONES ¡Fuera! ¡¡Fuera!!

D. ACIS. ¡Desagradecidos! ¡Encima de lo que he hecho por vosotros! ¿A qué viene esto?

DALM. Pues ya lo ve usté: que son unos botones muy despegaos

Música

BOTONES

En defensa de Dalmacio
que ninguno esté reacio
y gritemos en pandilla:
¡Que la diñe «Don Tirilla»!

(*Final muy animado. Los Botones mantean a don Acisclo; la Domitila y la Jerezanita se tiran del pelo; Berúlez salta, tirando el gorro al alto y Dalmacio ríe furiosamente contemplando el cuadro.*)

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Jardín de invierno en la finca que posee DON NICÓSTRATO en la provincia de Guadalajara. Entradas y salidas por ambas laterales. Una mesita y sillas de paja, todo del mejor gusto. Sobre la mesa una caja con puros. Es de día.

(Al levantarse el telón, MÁRGARA—doncella de la casa—prepara sobre la mesa un servicio para «cocktail». Dentro se oye una voz de mujer que canta con acento dramático un trozo de ópera antigua; «La Tosca», por ejemplo. Inmediatamente suenan, a lo lejos, tres campanadas de tan-tan y, por la derecha, sale rápido TEÓGENES, que se dirige a la mesita y prepara un butacón para ofrecérselo a su amo. Detrás llega DON NICOSTRATO FERNAN PEREZ, hombre gordo, calvo y reluciente, que viste lujosísimo pijama de seda bordada y lleva los dedos cargados de sortijas. Su porte de tambor mayor de alabarderos, y la riqueza y mal gusto de su atavío mañanero, revela bien a las claras al hombre zafio, tosco y poco inteligente que vive en la mayor opulencia. Teógenes es su ayuda de cámara y viste impecable de frac.

NICOS. (Arrellenándose en el butacón que le ofrece solícito Teógenes. Este le ayuda a subir una pierna sobre la otra y le dibuja la raya del pantalón). Puréame.

TEOG. Con toda celeridad. (Coge un habano enorme, se le coloca entre los labios y le prende fuego con un mechero.)

NICOS. (Lanza dos enormes bocanadas de humo.) ¡Teógenes!

TEOG. ¡Señor!

NICOS. Esa que cantaba ¿es la nueva doncella?

TEOG. La misma.

NICOS. ¿Es tiple?

TEOG. Contralto. Hasta hace poco actuó como diva en la compañía de ópera milanesa. Yo la ofrecí doble sueldo y se despidió del público.

NICOS. Muy bien. Yo no quiero criadas que, durante las faenas domésticas, tarareen «cupleses» del arroyo. Aquí hay que cantar ópera, que pa eso tengo yo mucho dinero. Coteléame.

TEOG. ¡Márgara! Hielo. (La doncella le presenta lo pedido y Teógenes confecciona un «cocktail».)

NICOS. «Asupongo» que no habrás olvidao que hoy tengo invitáos.

TEOG. Al señor Marqués del Pico del Pañuelo.

NICOS. ¡Un «aristóncrata»! Es preciso atontarlo a fuerza de lujo. Que vea que se vive aquí mejor que en un Palacio Real.

TEOG. Salta a la vista. (Le sirve el «cocktail», poniéndole él mismo el vaso en los labios. Después, a una seña de Don Nicóstrato, se acerca Márgara y le limpia la baba con una servilleta.)

NICOS. Hombre, no es por alabarme, pero si los reyes tienen «criaos» marqueses, condeses y duqueses, yo te tengo a tí, premio extraordinario en el Doctorao de «Filonsofía», y a Márgara, que es bachillera. Y en cuanto al cocinero... Apropósito, hay que echar de comer al Marqués ese de un modo que se desvanezca.

MARG. Está preparando un menú extraordinario.

NICOS. Bueno, sobre «tó» que no falten las sardinas «arrebozás».

MARG. Corro a prevenir al «maitre». (Va a hacer mutis, pero Don Nicóstrato la detiene con un grito como si llamara a un toro.)

NICOS. ¡Eh! ¡Que te has olvidao saludarme! (Márgara saluda y váse izquierda. Apurando el «cocktail».) ¿Quieres que te diga una cosa? A mí estas bebidas modernistas no me dicen ná.

TEOG. Si el señor me lo permite, vuelvo a la

biblioteca para seguir ordenando los 47.000 volúmenes que posee el señor.

NICOS. Bien, bien. Quiero que «haiga» de «toa» clase de libros. Y que se vea que están recién compraos, sin abrir.

TEOG. ¡Lástima que en una biblioteca así falten las obras completas de Cervantes!

NICOS. ¡Ah! Pues se le escribe a ese señor y que diga lo que valen. ¡No faltaba más! (En este momento se oye cantar dentro a Arabela un canto argentino.)

ARAB. (Dentro.) «Caminito amigo» etc., etc.

NICOS. (Saltando en seco.) ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Tangos aquí? ¿Es que has traído a la Celia Gámez pa el cuerpo de casa?

TEOG. Es la señorita.

NICOS. ¿Mi hija? ¡Me alegro! Corre a decirle que tengo que «parlamentiar» con ella.

TEOG. Al momento.

NICOS. Y, de paso, préparame sortijas, que ya hace media hora que llevo estas y tengo que cambiarlas.

TEOG. Con licencia. (Saluda ceremonioso y váse derecha.)

NICOS. Serenidá. De hoy no pasa que yo sepa quién es el culpable de que «haiga» tenío que anunciar a mi hija como una ganga matrimonial.

ARAB. (Por la derecha.) ¿«Tenés» que hablarme, papaíto?

NICOS. Te tengo...

ARAB. Tú dirás; pero discursitos no, viejo.

NICOS. (Campanudo.) Hija mía... (Ante la cara de guasa que pone ella se corta.) ¿Tú has «tenío» vergüenza alguna vez?

ARAB. ¡Qué sonsada!

NICOS. Es que no me explico tu actitud. Yo he «sío» joven, yo he luchao, yo... Recuerda: mis padres me mandaron a América, allí me hice hombre, conocí a tu madre, naciste tú...

ARAB. (Interrumpiéndole.) Te casaste con ella.

NICOS. Eso fué después.

ARAB. Me sé la historia. Pero ¿a qué viene todo eso?

NICOS. A que no me cabe en la cabeza que estés «decidía» a casarte con un hombre que no conocés, pudiendo llevar a la Vicaría al que..., bueno, al que me tuvo quince días buscándote por toda España.

ARAB. ¡Ché, que cosa grande! Viajé unos días, volví luego.

NICOS. ¡¡Y cómo volviste!!

ARAB. Yo soy una mujer moderna, libre.

NICOS. «¡Librisma»! Lo malo es que si tu futuro me pide cuentas..., ¿qué le digo yo?

ARAB. Que «tenés» cuenta corriente en treinta y dos bancos, fincas en seis repúblicas, tierras en dos emisferios y que soy hija única. Con eso basta.

NICOS. Lo dicho, ¡me puedes!

ARAB. Y si acabaste de hablarme...

NICOS. ¿Qué voy a decirte? Que te cases cuanto antes y que, una vez fuera de la iglesia, no admito reclamaciones.

ARAB. En ese caso, voy un rato a gozar de la Naturaleza.

NICOS. ¡Que la goces!

ARAB. (Al mutis por izquierda.) (¡Qué pesado! Y el pobre Dorito que me estará esperando!)

NICOS. ¡No hay manera! Es igual que su madre.

TEOG. (Por la derecha con un gran estuche.) Señor, las sortijas.

NICOS. Pa esta media hora voy a escoger las que tengan las piedras más grandes. Quiero deslumbrar al Maqués. (Coge del estuche unos enormes sortijones que se coloca en los dedos.)

TEOG. El señor, ¿va a vestirse?

NICOS. Aguárdate que no sé si me falta algo. ¿Qué he hecho «dendé» que me he levantao?

TEOG. El señor se ha afeitado, se ha bañado, se ha duchado, se ha inhalado, se ha masajeado...

NICOS. Pero no me han «perfumeado».

TEOG. Las doncellas encargadas de hacèrlo están preparadas.

NICOS. Pues que alivien que tengo que ponerme

de tiros largos. (Teógenes hace una seña, coge el estuche y váse.)

Música

(Salen LAS PERFUMADORAS, segundas tiples, vistiendo un traje fantasía y muy ligerito. En momento oportuno aparece la BAILARINA. Todas llevan perfumadores. Parte del número puede hacerse por el público, perfumando a los espectadores).

NICOS.

Perfumadora, ven ya que es la hora
de hacer la «tualete» de un hombre (seductor.
Perfumadora, serás profesora
que des a mi cuerpo un delicioso olor.

ELLAS

Es perfumar, deliciosa virtud
que ha de dar al galán
una eterna juventud.
Mi esencia es el encanto mayor
y aspirarla es soñar
con los goces del amor.

—

NICOS.

Voy a oler mejor que cualquier «vedet»;
gasto más al mes que la Mistinguet.
Perfumándome así
no he de tener rival.
¡Voy a ser un dandy!
¡Ay que ver
lo bien que yo voy a oler!

—

ELLAS

Es perfumar deliciosa virtud, etc., etc.

—

Este perfume yo es el que prefiero;
no lo rechace, por Dios, caballero,
ni esté usted inquieto
que yo le prometo
que el perfumador
es un talismán para el amor.

(Bailan y hacen todos mutis por derecha).

Hablado

(Queda la escena sola un momento. A poco, por la *izquierda*, aparece TEOGENES, seguido de DALMACIO y BERULEZ. Dalmacio viene hecho una birria; se ha comprado un traje de explorador en un almacén barato y se ha puesto unas medias muy raras y un sombrerito de alpinista para completar la «toilette». Para colmo, lleva unos guantes con manoplas. Berúlez viene de negro, con un cuello muy alto y un hongo catastrófico. Trae un libro en la mano).

TEOG. Los señores tendrán que aguardar un momento porque al señor le están haciendo la «toilette».

DALM. (Dándose importancia.) Ya me hago cargo.

TEOG. Si se dignan los señores decirme su nombre...

DALM. Aquí no hay más señor que un servidor.

TEOG. ¿Y este otro señor? (Por Berúlez.)

DALM. Es un servidor.

BERUL. (Bajo a Dalmacio.) Que se hace usté un lío.

DALM. Quiero decir que este es un servidor de un servidor.

BERUL. Eso: un servidor, es un servidor.

TEOG. Ya he comprendido. (A Dalmacio.) Usted es un señor.

DALM. Servidor.

TEOG. Y este otro señor (Por Berúlez.) no es un señor, sino un servidor del señor.

BERUL. Y de usté.

TEOG. A la recíproca (A Dalmacio.) ¿Me dá su tarjeta el señor?

DALM. (A Berúlez.) Arréasela tú.

BERUL. Ahí va.

TEOG. Mil gracias. Con su permiso. (Medio mutis.)

DALM. Bueno, oiga; ¿se podrá uno sentar?

TEOG. Desde luego. (Les ofrece sillas.)

DALM. (Sentándose.) Es que vengo tronzao del viaje.

BERUL. (Acostándose materialmente en un butacón.) ¡Y yo!

DALM. (Enérgico.) ¿Qué es eso? ¿Ande se ha visto

que el servidor se siente delante del señor? (Berúlez se levanta sobresaltado.)

TEOG. Si me permite...

DALM. Vaya, vaya.

TEOG. (Inicia el mutis leyendo la tarjeta.) ¡Zambomba! ¡Si es el futuro!

DALM. (Rápido.) ¡Presente!

TEOG. (Azorado.) Perdone el señor... Como yo no conocía al señor... Corro a prevenir al señor... (Váse derecha.)

BERUL. (Sentándose brúscamente.) Bueno, yo me siento por que me da la gana.

DALM. ¡Berúlez!

BERUL. ¿Qué pasa? Y a mí no me vuelva usté a achicar delante de gente porque lo chafo.

DALM. Pero, ¿no hemos quedao en que tú vendrías conmigo de secretario?

BERUL. De «faltótum», que es más. ¡Yo soy «faltótum» o me marcho!

DALM. (Cogiéndole de la americana.) Eso, no; que me estropeas la combina. Oye, ahora que estamos solos, mira a ver qué dice el manual pa saludar a los «muchimillonarios».

BERUL. Verá usté. (Después de buscar.) Página diez. (Lee.) «Si la persona que hay que saludar es un inferior...».

DALM. ¿Cómo va a ser un inferior un hombre tan riquísimo?

BERUL. Es que, como usté es Marqués...

DALM. ¡Ah, es verdá! Ya no me acordaba. Entonces, yo le tengo que saludar asi: (Tiende la mano derecha con indolencia, volviendo la cabeza hacia el otro lado, al par que dice en tono de gran indiferencia.) ¡Hola!, ¿que tal?

BERUL. Una cosa así.

DALM. Entonces, es muy fácil. Pa mí la finura consiste en darme importancia.

BERUL. Pero tié usté que hacerlo bien porque si se huelen que no es usté aristócrata...

DALM. Descuida. Por lo pronto, no hay que quitarse los guantes ni pa liar un pitillo.

BERUL. Pero, ¿usté ha pensao en el lío que nos vamos a meter?

DALM. Natural. Ten presente la situación: expulsáos del limpiabotas y yo que llego a mi casa y me encuentro el piso desalquilao y esta esquelita en la portería. (Saca un papel.)

BERUL. Me la sé de memoria.

DALM. Pues a mí no me cabe en la cabeza. (Lee.) «Apreciable Dalmacio: Otro hombre ha sabido conquistar mi corazón y le he dao la exclusiva de mis emboquillaos. Arréglate como puedas con alguna de tus parroquianas y quítate de fumar que lo que venden en los estancos es cá día peor y más caro. Domitila».

BERUL. Tó eso está muy bien, pero ¿y si vuelve el verdadero Marqués?

DALM. ¡Quiá! Me hé enterao que está en «Jolivú» y ha cambiao de nombre. Ahora se llama Roberto Príncipe y tié hechas dos películas totalmente hablás en valladisoletano.

BERUL. (Mirando hacia la derecha.) ¡Que viene!

DALM. ¿El Marqués?

BERUL. Debe ser su futuro suegró. Prepárese usté pa la presentación.

DALM. Y prepara tú el manual. (Suenan dentro las tres campanadas consabidas. Mirando el reloj.) Voy mal con la radio. (Por la derecha llega DON NICÓSTRATO, vestido a todo meter: chaquet, una flor enorme en el hojal, una corbata que hace llorar, con dos alfileres de brillantes, y dos monóculos que lleva colgados, cada uno de cada ojal de la solapa.)

NICOS. Me ha dicho el doméstico que había usté «allegao».

BERUL. (Detrás de Dalmacio con el libro abierto y apuntando a éste.) ¿Es a don Nicóstrato Fernán Pérez a quien tengo el gusto de hablar?

NICOS. (Sorprendido y como buscando a alguien.) ¿Eh?

DALM. No, nada. (Lo repite de carrerilla.) ¿Es a don Nicóstrato Fernán Pérez a quien tengo el gusto de hablar?

NICOS. (Azorado.) Sí, sí...; yo soy. (A ver si me sale.)

DALM. (Aparte a Berúlez.) Mira, lleva más cristales que una marquesina.

NICOS. (Durante el discurso, muy nervioso, no hace más que

dar tirones a la punta del pañuelo de seda que lleva en el bolsillo superior del chaquet. Además, mira continuamente a uno de los puños planchados que lleva, pues lo ha escrito en él.) «Asupongo», en vista de la blasonada cartulina que ha tenido lá honra de entregarme mi diligente criado, que tengo la inenarrable satisfacción, el hondo placer y el inmenso orgullo de dirigirme al Excelentísimo Señor Marqués del Pico del Pañuelo. (En el colmo de la excitación da un tirón terrible y saca tres cuartas partes del inmenso pañuelo de seda que lleva en el bolsillo citado.) (¡Me salió!)

DALM. ¡Caray, qué pico!

NICOS. (Creyendo que se refiere al pañuelo.) Es moda llevarlo así.

DALM. (Sacando el suyo.) Ya, ya... Yo también lo llevo.

NICOS. (Ofreciéndole la mano a la altura de los ojos.) ¿Cómo está usté?

DALM. (Alarga la suya displicente y vuelve la cabeza como hizo antes.) ¡Hola!, ¿qué tal?

NICOS. (Satisfecho.) (¡Le han cegao las sortijas!)

DALM. (Aparte a Berúlez.) ¡Qué tío cebollo! No sabe saludar.

NICOS. «Tantismo» gusto.

BERUL. (Apuntando a Dalmacio y sin dejar de mirar al manual.) El gusto es mío.

DALM. El gusto es de éste.

BERUL. (Corrigiéndole.) ¡No! De usté.

DALM. (Hecho un taco.) El gusto es de usté.

BERUL. ¡¡No!!

DALM. (Indignado.) Pero, ¿te quiés callar, que me estás haciendo un taco? (Muy chulo.) He tenío una camioneta de satisfacción al conocerle. (¡Así, sin manuales ni pamplinas!)

NICOS. ¡Oh! Perdón no había visto a este señor. (Va a dar la mano a Berúlez.) Caballero...

DALM. Es mi secretario.

NICOS. (Le deja con la mano en el aire.) ¡Haberlo dicho! Yo no saludo secretarios.

BERUL. (Bajo y amenazador a Dalmacio.) ¡Que no me achique usté!

DALM. Bueno; es más que secretario. Es mi...

BERUL. «Faltótum». Casi ná.

NICOS. ¡Ah! Ese debe ser un cargo importante. (Mañana me traigo yo siete.)

DALM. Le llamo secretario porque es el que tié tós mis secretos.

NICOS. En ese caso, podremos hablar delante de él con entera libertad. (Invitándoles a sentar.) Ensíllense ustés, ensíllense.

DALM. Usté primero.

NICOS. De ningún modo. (Hay un poco de forcejeo hasta que dice Berúlez:)

BERUL. Me sentaré yo pa facilitar.

DALM. Aplástate «faltótum». (Se sientan los tres.)

NICOS. Bueno, amigo Marqués, ¿quié usté un pitillo?

DALM. Venga. (Lo coge de la petaca de don Nicóstrato.) (¡Caray! Yo he fumao estos pitillos.)

NICOS. (A Berúlez.) ¿Quié usté «faltótum»?

BERUL. Gracias, yo fumo puros. (Agarra unos cuantos de la caja y se los mete en el bolsillo.)

NICOS. Coja, coja los que quiera. A mí me los traen por cubos. Bueno, señor Marqués, «asupongo» que tendrá usté los papeles en regla.

DALM. (A Berúlez.) Enséñaselos tú. (Este hace ademán de sacar la cartera.)

NICOS. ¡Basta! Se ve que es usté un caballero. Pero vamos al grano. Usté estará enterao de que mi hija... mi hija..., amos, no pué llevar a la iglesia esas cositas de cera que les llaman azahar. En compensación, yo regalaré a su marido un millón de pesos.

DALM. Oiga usté: y si no lleva vestío de seda ni esas pamplinas que luego no sirven pa na, ¿usté cuanto apoquina?

NICOS. ¡Ah, eso no! La boda tié que ser soná. Pa algo la caso con el Marqués del Pico del Pañuelo.

DALM. (Levantándose muy fino.) Que soy yo.

NICOS. Por muchos años. (Idem.)

DALM. Y usté que lo vea. Aplástate «faltótum». (Se sientan.)

NICOS. Mi hija, además, es muy rica. Aunque vivan ustés cien años no tendrán tiempo de contar tó el dinero.

DALM. Me alegro porque, tó hay que decirlo: (Confidencial.) yo no tengo ná.

NICOS. Ya... yalo se... Tó se sabe. (¡Pobrecillo!) Yo la dejo porque, pa mí, eso es lo de menos. Si ella se conforma, no voy a ser más papista que el Papa.

DALM. Entonces no hay más que hablar. Presénteme usté a mi futura. (Se levantan.)

NICOS. Hay tiempo. Hoy comerán ustés conmigo. Y pa que no se les alargue la espera, les tengo reservá una sorpresa.

DALM. El menú de la cena, como si lo viera.

NICOS. Ná de eso. Es que acabo de comprar un cine sonoro y un «movietone» pa impresionar yo «piliculas».

DALM. ¡Con lo que a mí me encanta el cine! Sobre tó las películas de dibujos.

NICOS. Pues, ¿y a mi? Bueno, yo es que veo una de esas que le dicen del Gato Félix y me se estropea la faja de tanto reir. Echar p'alante al salón grande que sus voy a dar una sesión del Gato Félix pa abrir boca.

DALM. Andando. (Oscuro y mutación.)

Música

(Decorado humorístico pintado en blanco y negro como las películas de dibujos. El escenario simula ser un solar; al fondo la valla del mismo y detrás un telón de rascacielos con una luna muy grande. Como detalle de buen humor, puede haber entre dos rascacielos una cuerda con ropa tendida. Entre la valla y el telón, un farol preparado para que, en su momento oportuno, baile graciosamente, moviéndose todo él. La luna estará preparada así mismo, para que mueva los ojos y abra y cierre la boca.

Bailable cómico. La Bailarina y las segundas tiples vestidas con trajes fantásticos y ligeritos de gatitos negros. Al final del número sale un actor vestido de orangután, negro también y termina la pantomima sembrando el desconcierto entre los gatos. Oscuro y mutación, volviendo la escena a su estado primitivo.)

Hablado

NICOS. (Saliendo con Dalmacio y Berúlez por la derecha.) Bueno, ahora a conocer a la novia, después a comer, luego vendrá el notario pa arreglar las capitulaciones... y la semana que viene al altar.

DALM. ¡Y al tálamo! ¡A talamear!

NICOS. Bueno, eso..., ya le he dicho que estoy en el secreto.

DALM. (Confundido.) ¿Como?

NICOS. No se haga usté el «longui»... La aventura de la bailarina... ¿eh?

DALM. ¿De qué bailarina?

NICOS. (Mirando hacia la izquierda.) ¡Chist! Aquí está mi hija.) Por dicho lado viene ARABELA, acompañada de DORITO. Este viste traje, un poquitín fantaseado, de jugador de futbol.)

DORI. Te digo que, si no encontramos portero para el partido, estamos perdidos.

ARAB. (Al ver gente.) ¡Ah! Creí que no había nadie.

DALM. (A Don Nicóstrato.) ¿Quién es ese pollo?

NICOS. Un amigo.

DALM. (Escamado.) ¿Ya tié un amigo? ¡Caray! ¡Caray!

NICOS. Arabela, hija; te voy a presentar a tu prometido, el Señor Marqués del Pico del Pañuelo.

BERUL. (Apuntándole con el manual.) A sus pies, señorita.

DALM. A sus pies, señorita.

ARAB. (Con guasa.) ¿Es ese? ¡Araca, viejo! ¡Vos me «querés» engrupir!

NICOS. (A Dalmacio.) Mi vástaga, Arabela.

DALM. (Aparte a Berúlez.) ¿Le doy la mano?

BERUL. (Idem.) Aquí no dice nada.

DALM. (Idem.) ¡Pues me has matao!

ARAB. (Tendiendo la mano a Dalmacio.) ¿Como «dise» que le va?

DALM. (Con su saludo de siempre.) ¡Hola!, ¿qué tal?

NICOS. Bueno, señores, me se ocurre que debemos dejar solos a los novios.

ARAB. Espera, papá, que no he presentado a Dorito.

DALM. ¡Ah! ¿Este pollo se llama Dorito?

DORI. Teodoro. Pero todos me aplican el diminutivo. (Dándole la mano.) Puede disponer de mí como amigo y como representante de los automóviles «Ramper».

DALM. (Postineando.) ¡Ah! Eso me interesá. Precisamente quiero comprarme un cochecillo. Los «Ramper» ¿son buenos?

ARAB. Los mejores.

DALM. Pues ná, siendo usté el representante...

DORI. Para toda la Península: España y Portugal.

DALM. (A Berúlez.) Toma nota.

BERUL. (Apuntando.) «Don Teodoro...» ¿Cómo se apellida?

DORI. Real.

DALM. Apunta: Automóviles «Ramper». Representante, Dorito Real, para España y para Portugal.

NICOS. Bueno, yo creo que... (Acción de marcharse.)

ARAB. (Aparte a Dorito.) No me dejes sola que si se propasa...

DORI. No seas tonta. Acuérdate de la bailarina rusa y de que al abrazar se desmaya.

NICOS. (Indicando la derecha.) Por aquí, señores, por aquí...

DORI. (Despidiéndose.) Hasta luego, Marqués.

DALM. Adiós, pollo.

NICOS. (Echando atrás violentamente a Dorito y a Berúlez que van a pasar.) Primero yo, que pa eso tengo dinero. (Váse muy orondo por la derecha.)

BERUL. (Haciendo lo propio con Dorito.) Yo primero que soy el «faltótum.» (Mutis y detrás Dorito. Pausa cómica. Dalmacio da unos paseítos ridículos, dándose importancia. Ella le mira de arriba a abajo.)

ARAB. (¡Oh, qué gran bacán. Tiene todo el tipo de un pelandrún.)

DALM. (Pa mí que esta socia lo que «nesecita» es un pase de castigo. Pues yo le hago la faena completa.)

ARAB. (Mirándole bien, es feo.)

DALM. (Me haré presente con finura pa que no

diga.) ¡Ejem! ¡Ejem! (Tose con una tosecilla muy fina.)

ARAB. (Guasona.) ¿Eh? ¿Qué «hasés» ahí?

DALM. Ya lo ve usté: toso.

ARAB. Ya comprendo: os habéis mirado al espejo y os habéis constipado.

DALM. No es por ahí. Es que ha movío usté las pestañas y me ha dao el aire (Esto lo dice abrazándola y dándola manotazos en la cadera.)

ARAB. (Amoscada.) «Escucháte», viejo. ¿Es que «sos» músico?

DALM. (Sin dejar de achucharla.) Toco de afición.

ARAB. ¿Y no «sabés» que hay instrumentos que le hinchan a uno la cara?

DALM. Sí, la trompeta. (Infla los carrillos como para soplar.)

ARAB. ¡Y el «trompaso»! (Le sacude una bofetada descomunal.)

DALM. ¡Resolfa! (Indignado, con la mano en el carrillo.) ¿Le paece a usté que es esta manera de tratar a un Marqués?

ARAB. (Con desprecio.) ¡Un Marqués que vende sus pergaminos por un puñado de pesos! ¡Bah!

DALM. ¡Eh! No se haga usté la «despeztiva» que va usté a tardar muy poquito en derretirse por mis suculentos pedazos.

ARAB. (Burlándose.) ¡Qué «esperansa»!

DALM. (Chulo y castigador, le amaga un golpe. Ella retrocede asustada.) ¡Pero, amos, anda, pasmá! (Nueva amenaza.) ¿Es que vas a hacerte la niña gótica conmigo? ¡So párvula! (Ahora se dedica a hipnotizarla de un modo muy cómico.)

ARAB. (Dominada.) (¡Oh, es avasallador! ¡Que lástima que se desmaye!)

DALM. (Autoritario.) ¡Arrimate p'acá!

ARAB. (Mirándole entusiasmada.) ¡Viejo peludo!

DALM. (Rápido.) Ya se lo han dicho.

ARAB. (Cayendo en sus brazos.) ¡Oh, español bravío!

DALM. (Como si estuviera en el circo.) ¡Amaestrá a la palabra!

ARAB. Vos sois madrileño. ¡No hay más que verte!

DALM. De las Ventas ná más.

ARAB. ¿De las Ventas? ¿Me «perdonás» la torta?

DALM. Hazte cuenta que la has puesto a réditos. Sobre tó si te vuelvo a ver con el pollo futbolista de antes. Aquí nó hay más pollo ni más futbolista que el que suscribe.

ARAB. (Mimosa.) ¿De veras? ¿Tú sabes jugar?

DALM. (Encandilado.) Ya te lo diré de que nos casemos.

ARAB. «Entonses escuchá»; esta tarde hay un gran partido, pero no tenemos portero. ¡Si vos quisieras!

DALM. ¿El qué?

ARAB. «Haser» de portero, dos horitas no más.

DALM. ¿Yo de portero? (¡Qué capricho!)

ARAB. Yo te lo «agradesería» mucho. (Provocativa.) ¡Mucho!

DALM. (Hecho jalea.) ¡Tiés una manera de pedir las cosas!

ARAB. ¿Lo harás?

DALM. Harélo (Aprovechándose lo suyo.) Pero mírame de cerca... ¡Así!

ARAB. (Apurada.) (¡Ay, que no se desmaya!)

DALM. (Voy a hacer que me desvanezco pa abarcarla mejor.) ¡Mírame! ¡Fíjate que caída de ojos! ¡Fíjate que caída! (Se derrumba sobre ella como un fardo.)

ARAB. ¡Ay! ¡El desmayo!

DALM. (¡El desmiguen!)

ARAB. ¡Ay, que no vuelve! ¡Socorro! ¡Socorro! (Por la derecha sale don Nicóstrato.)

NICOS. ¿Qué es eso? ¿Por qué gritas?

ARAB. Papaíto, este hombre se ha privado.

NICOS. (Al ver cómo se aprovecha.) ¿Que se ha privao? ¿De qué?

DALM. (¡A quien se le diga que este monumento lo ha hecho este tío tan feo!)

NICOS. ¿Pa que te has dejao abrazar sabiendo que se desmaya? Trae. (Va a coger a Dalmacio, pero este se endereza rápidamente.)

DALM. No se moleste usté que ya he vuelto.

ARAB. ¡Qué susto me dió!

NICOS. ¡Toma! ¡Y a mí! Estaba yo tan tranquilo dando mi clase de idiomas...

DALM. ¡Ah! Pero ¿usté estudia?

NICOS. Caprichos de mi hija que quiere que sea polígloto y me ha tomao una profesora pa que me enseñe. ¿Usté habla idiomas?

DALM. (Presumiendo.) Algo se chamulla. He estao cuatro años en Barcelona.

NICOS. ¡Con lo que a mí me gusta oir hablar en una lengua que no entiendo! Hombre, voy a llamar a la profesora pa que echen ustés un parrafito.

DALM. (Asustado.) Le advierto a usté que yo...

NICOS. (Llamando desde la lateral derecha.) ¡Miss! ¡Miss! ¡Haga el favor!

DALM. Pero oiga usté... (Por la derecha aparece Domitila.)

DOMIT. «Gut-money» ¡Güenas!

DALM. ¡Mi abuela! (Está a punto de caerse.)

ARAB. ¡Ay, que le repite!

DOMIT. (Reparando en él.) (¡Anda leñe! El «limpia» vestío de explorador del Africa!)

NICOS. (Animando a Dalmacio.) ¡Ande usté con ella!

DALM. (¡Serenidá, Dalmacio!)

DOMIT. (¡Calma, Domitila!)

NICOS. (A Domitila.) Dígale cuatro cosas aquí al señor.

DOMIT. (Yendo hacia él.) ¿Cómo cuatro? ¡Cuarenta!

Música

DOMIT. «Bon yur mesié»
DALM. «Bon yur madán»
¡Oh, qué «plesir»!
NICOS. ¿Qué se dirán?
DOMIT. Yo de «vu vuar»
«sui tre contán»
DALM. Y «muá» también;
yo soy «Brián» y «Puancaré».
Domino yo
la «belle» «langüe» de Molier.
ARAB. ¡Qué gran bacán!
Yo no he aprendido así el francés.
NICOS. Es «tre» «charmán»
esta «maniere» de «parlier»

DALM. Esta gachí va a ser mi ruina
ahora que he dao con una mina.
NICOS. A ver si yo les puedo comprender.
(Arabela y Nicóstrato escuchan atentos lo que se dicen Domitila y Dalmacio.)

—

DOMIT. Ven acá granuja, chulo, sinvergüenza;
dime qué es lo que haces en esta «mesón».
DALM. ¡Caray, no te sueltes tan pronto la trenza
que tú y yo hablaremos en otra ocasión!
NICOS. ¡Ay, mi anciana madre, que yo los entiendo!
¡Ven aquí, hija mía, que ya sé francés!
ARAB. «Escucháte», viejo, lo que estás oyendo
no se dice en Francia, sino en Lavapiés...

—

ELLOS Hablo el «francaise» de chipén.
ELLAS Ninguno sabe hablar francés.
ELLOS Pa ser muy chic es lo primero.
ir a París y al extranjero.
TODOS ¡Qué dicha es
poderse allí entender!

—

DOMIT. (Encarándose con Arabela.)
Ya sé que usté
lo tié conquistao,
prepárese
que soy de cuidao.
ARAB. No entiendo yo
lo que usté me dice.
¡Solo sé que estoy por él
chala del tó!
ELLOS ¿Qué es lo que ha pasao?
¡Yo no me he enterao!
ELLAS No entiendo yo
lo que usté me dice.
¡Solo sé que estoy por él
chalá del tó!

—

ELLOS ¡Caray! ¿Qué dicen estas dos?
ELLAS ¡Me gusta a mí su «sanfasón»!
Este gachó es un vivales,
pero yo estoy por él mochales,
y, contra tó, me he de casar con él.

ELLOS — Pa mí que no hay quien nos iguale,
porque es que yo soy el más grande
y «comilfó» parlando en «extrangier».

Hablado

NICOS. — Pero hablen ustés en extranjero que a mi me encanta.

DOMIT. — (A Dalmacio por lo bajo e indignada.) ¿Qué haces aquí canalla, ladrón, granuja, sinvergüenza?

DALM. — (Alto para que lo oigan los otros.) ¿«Qué es que vudit»?

NICOS. — ¡Francés! ¡Eso es francés!

DOMIT. — (Como antes.) Ya caigo. ¿Es que vienes a lavar la mancha de esa niña bitonga? Pues, hijo, por mucho que restriegues no tié remedio.

DALM. — «¡Chokin... Yes veri moch... Abdulia... Castan... Metropolitán!...»

NICOS. — ¡Inglés! ¡Eso es inglés!

DOMIT. — (Tirándole un pellizco.) ¡Contesta, ladrón!

DALM. — (Dolorido y furioso.) Si te «endiño» un «ordubre a la media vuelta» te «chino la jeró» pa los restos.

NICOS. — Oye, ¿qué idioma es ese?

ARAB. — Debe ser esperanto.

NICOS. — ¡Hasta esperanto sabe! Voy a tener un yerno «inteleztual»... Pero hablen ustés más alto, que no les oigo.

DALM. — Ya lo tenemos tó hablao.

DOMIT. — Yo todavía no he dicho la última palabra.

DALM. — Otro «churnal» (Yendo hacia Arabela.) Ahora tengo que dedicar el tiempo a mi prometida. ¿Verdá, chata?

ARAB. — Como dispongas, mi gaucho; pero no «olvidés» tu promesa.

DALM. — Ya sé: lo del portero.

ARAB, — «¡Andáte!» «Seguíme», viejo. (Mutis por la izquierda.)

DALM. — (A Domitila muy fino.) «Au revoir, mademoi-

selle»... (Idem, a Nicóstrato.) «Alons, mesié.» (Suelta unos cuantos camelos a gusto del actor y hace mutis, por la izquierda, diciendo:) (¡Ahí queda eso!)

DOMIT. (Nerviosa.) ¡Y se va con ella!

NICOS. Es natural. Se van a casar dentro de ocho días.

DOMIT. (Paseando furiosa.) ¡Ay!, ¿sí? ¡Ay, «mon dié»! ¡Ay, mi madre!

NICOS. (Amoroso.) Deje usted ahora èl francés que ha llegao el momento de que usted y yo nos entendamos.

DOMIT. (Pensando en lo suyo.) ¡«Il no se marierá pa»! ¡Por estas!

NICOS. Amos a dejar la «langüe» de «Moliere» y «toas las langües» pa hablar como las «presonas».

DOMIT. Pero ¿qué quiere usté?

NICOS. Que yo he adquirío en un mes doscientas ocho libras de tabaco pagándolas a peso de oro.

DOMIT. No tanto.

NICOS. No lo niegue. Usté ha aprovechao pa especular con las libras y eso no está bien.

DOMIT. ¿Pa qué me las pedía a toas horas?

NICOS. (Donjuanesco.) ¡Por usté! ¿Y sabe por qué le hice caso a mi hija cuando me mandó aprender idiomas? ¡Por usté! ¿Y por qué la traje a mi casa a qué quieres boca? ¡Por...!

DOMIT. (Interrumpiéndole.) ¿Y sabe usté porqué he venío yo? Porque estaba enamorá de un hombre.

NICOS. (Creyendo que se refiere a él.) ¡Yole!

DOMIT. Y ese hombre se me fumaba tós los pitillos que yo hacía.

NICOS. ¡Yole con ole!

DOMIT. Y encima que yo estaba trabajando tó el día pa él, me se encalabrinaba en cuanto veía a otra mujer.

NICOS. (Presumiendo.) ¡Que uno tié buen ver y «cosquetea»!

DOMIT. Pero ¿qué dice usté?

NICOS. Que el mismo día que se case mi hija, salimos tú y yo en viaje de recreo.

DOMIT. ¡Ay, mi madre!

NICOS. Verás qué bien lo vamos a pasar. (Abrazándola.) (¡Caray, está más llena que la Puerta del Sol a las siete de la tarde!)

ARAB. (Entra rápidamente por la izquierda.) Papaíto, ¿has acabao ya lo que tenías que «haser»?

NICOS. No. Precisamente me has cogío con las manos en la masa.

ARAB. Es que he visto venir a Dorito. ¡¡Ya está ahí!! ¡Pasen, señores! (Por la izquierda llega Dorito con un pelotón de futbol y seguido de ocho o diez futbolistas, segundas tiples. Trajes apropiados. Vienen tristes y cabizbajos.) ¿Cómo? ¿Tú aquí? Pero ¿no es la hora del partido?

DORI. No vamos a poder jugarlo. No hemos encontrado portero.

ARAB. No te «apurés», mi gaucho. El portero lo he buscado yo.

DORI. (Muy alegre.) ¿De veras? ¿Es profesional?

ARAB. Lo ha sido.

DORI. Y ¿dónde está? ¿Quién es?

ARAB. ¡Casi nadie! Mi prometido.

NICOS. ¡Caramba! No sabía yo que hubiera sido portero.

DOMIT. (¡Siete años en la calle del Salitre!)

NICOS. ¿Deportista también? ¡Es una perla!

DORI. Vamos a hacer un partido estupendo. Nuestro Club subirá a las nubes.

BERUL. (Saliendo por la izquierda.) Aquí viene ya.

DORI. ¿Se ha vestido?

BERUL. Sin que le falte detalle.

TEOG. (Saliendo por el mismo sitio.) El señor Marqués del Pico del Pañuelo está a las órdenes de la señorita.

ARAB. ¡Que venga pronto! ¡Lo estamos esperando!

DORI. ¡Señores, ovacionemos a nuestro salvador! ¡Viva el precursor de Zamora!

TODOS ¡Viva! (En medio de atronadores aplausos aparece Dalmacio, por la izquierda. Viene imponente, vestido de portero de casa grande, con una gran librea y un som-

brero de copa con escarapela. Trae unos zorros en la mano. Al verle de tal guisa se corta la ovación y todos quedan de una pieza. Don Nicóstrato ríe furiosamente, Dorito le tira el balón a la cabeza, todos le increpan y amenazan y Dalmacio se lía a golpes con los zorros. Efecto cómico y Telón rápido.)



ACTO TERCERO

Telón corto, una estancia en casa de Don Nicóstrato. Decorado todo lo fantástico y colorista que se quiera, cuanto más mejor.

(Domitila viene furiosa. Detrás, Berúlez.)

BERUL. ¡Pero, oiga usté!

DOMIT. ¡Que no oigo ná!

BERUL. ¿Es que está usté enamorá del señor Dalmacio?

DOMIT. ¿Enamorá yo? ¡Ah «maledetto»! (Transición.) Pero «ui»..., «yes»..., «vai»..., ¡¡¡sí!!! Le quiero. Le abandoné por celos, y, al encontrarle aquí, me he convencío de que no pueo verle fumar de sesenta.

BERUL. Y, en vista de eso, le va usté a estropear la combina que se ha buscao pa fumar habanos toda la vida.

DOMIT. Eso no. Que los fume, pero a mi costa.

BERUL. Usté no tié dinero pa eso..., ¡desgraciá!

DOMIT. ¿Qué no?

BERUL. (Cada vez más despectivo.) ¡Amos, ande, pelanas! ¡Mira que quererle quitar el novio a la hija de un tío que tié cuenta corriente hasta en los bancos de Rosales! ¡Despierte ya, so soñolienta!

DOMIT. ¿Soñolienta, eh? ¡Pues ya se lo he quitao!

BERUL. (Sobresaltado.) ¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué?

DOMIT. Que mi Dalmacio no se casa con esa desaprensiva.

BERUL. ¡Ay, mi madre! ¿Qué ha pasao en la mesa? ¡Por algo no quería yo que se sentaran ustés juntos!

DOMIT. ¡Eh! ¡«Prou»! A él no le he dicho ná. A quien le he narrao el bonito folletín del limpiabotas metío a Marqués ha sío a ella.

BERUL. Total, que ha hecho usté desgraciao a un hombre pa toa la vida. (Gimotea.)

DOMIT. ¿Qué dices? A mi lao no pué ser desgraciao Dalmacio.

BERUL. No, si el desgraciao soy yo. ¡Ha sío usté mi ruina!

DOMIT. No te apures que tó tié arreglo. Tengo un plan pa asegurarte el porvenir.

BERUL. Mi porvenir estaba en esta casa que ya ha visto usté cómo se come.

DOMIT. Pues si te pones de mi parte, comerás igual a diario.

BERUL. Los pitillos no dan de sí pa eso.

DOMIT. Pero las clases de idiomas, si. Y me he echao un discípulo que, por cá lección, da un cheque en blanco.

BERUL. ¿Don Nicóstrato?

DOMIT. El mismo. Y con el dinero que le he sacao, te voy a poner un continental en la Gran Vía.

BERUL. ¡Olé!

DOMIT. Y Dalmacio y yo nos vamos a pasar la existencia dedicáos al turismo. ¡Hasta vamos a veranear en Aranjuez!

BERUL. Bueno, pero usté no me la da. Usté le ha enseñao a Don Nicóstrato algo más que el inglés.

DOMIT. Ni eso. ¡Palabra!

BERUL. ¡Valiente primo! ¿Y ha soltao mucha «mosca»?

DOMIT. Lo bastante pa que disfrutes una existencia totalmente regalá si me echas una mano.

BERUL. (Pensando mal.) ¿Adonde?

DOMIT. Escucha, esta noche... (Misteriosamente.)

BERUL. ¡Eso sí que no! El señor Dalmacio es un amigo y yo no le hago esa charraná.

DOMIT. Y tú, un pasmao. Esta noche va a dormir Arabela en mi cuarto, porque, ya que le he quitao el novio, justo es que le ayude a casarse con el que le gusta.

BERUL. ¡Está usté en tó!

DOMIT. Y a Arabela y a mí se nos ha ocurrío un plan que, si tú nos ayudas, te has ganao el «contine».

BERUL. ¿Qué hay que hacer?

DOMIT. Pues a las doce en punto entras en mi cuarto, agitao, nervioso, con los pelos en desorden y, corriendo de un lao pa otro, te pones a gritar: ¡Fuego! ¡Fuego!

BERUL. ¿Na más?

DOMIT. Na más.

BERUL. ¡Hecho!

DOMIT. Pues no hay «plí que parlé» (Mirando a una lateral.) Achanta la muy que viene el criao.

TEÓG. (Saliendo.) Señores, mi señor y el señor marqués me envían en busca de los señores.

BERUL. (¡Caray, que criao más bien criao!)

DOMIT. Pues ¿qué pasa?

TEÓG. Que el señor desea probar el aparato para filmar que acaba de adquirir y va a pasar de prueba una película que ha impresionado.

BERUL. ¿Qué película es esa?

TEÓG. ¡Oh, muy sencilla! El argumento es de un servidor y se titula «La reina zulú». Interviene la señorita Arabela y amigas suyas. Pasen conmigo y prepárense a ver un «films» de vanguardia. (Oscuro y mutación.)

Música

(Decorado a todo foro muy moderno y colorista, entonado en rojo, que representa una selva africana, con unas tiendas de campaña a lo lejos, en la que hay profusión de íconos sagrados de rostros grotescos y actitudes estrambóticas. Al aparecer el decorado, están las segundas tiples y la Reina Zulú formando cuadro, unas sentadas, otras arrodilladas y otras en pie, todas con las manos cruzadas sobre el pecho. Arabela aparece enmedio. Trajes fantásticos y ricos, entonados en rojo también.

En la primera parte del número, Arabela canta y las segundas tiples evolucionan. Al llegar en la orquesta la parte agitada del baile, cada zulú cogerá en sus manos dos «malacas» con las que producen gran ruido, dando al baile un carácter de danza salvaje. Al final vuelven a formar cuadro plástico.)

ZULÚ 1.ª

Soy «Miss Zululandia», la más chic
de las zulús que hay por aquí
y cifro toda mi ilusión
en presentarme en Galvestón.
Entre las zulús soy niña bien,
me visto en casa de «Paquén»,
me corto el pelo a lo «garsón»
y bailo siempre el charlestón.

—

Al Rey le hablo de tú
pues le ha cautivado mi belleza zulú.
Me llama «bello sol»,
mas yo le contesto: «anda, cómprame un (Roll.»
Quiero en la tribu gozar
fama de saber castigar.
Yo soy una zulú
que va a estar de moda, pues me iré a («Jolivú».

—

TODAS

A los dioses pido sin cesar
que pueda pronto conquistar
por mi belleza el galardón
de ser la Miss de mi nación.

—

(Ahora es cuando cogen las «malacas» y bailan.)

TODAS

Quiero en la tribu gozar
fama de saber castigar.
Yo soy una zulú
Que va a estar de moda, pues me iré a («Jolivú».
Al Rey le hablo de tú, etc., etc.

(Cuadro plástico. Telón e intermedio en la orquesta.)

CUADRO PENÚLTIMO

A medio foro. La escena representa un cuarto o salita de «toilette». Puerta a la izquierda que se supone comunica con una alcoba. Otra a la derecha de entrada y salida al pasillo. Al foro, empotrados en la pared, dos armarios roperos, practicables, de tamaño suficiente para que en cada uno se esconda una persona. En el interior de los mismos debe verse algún traje colgado y un salto de cama. Pocos muebles: una coqueta, una butaquita, etcétera. Decorado sencillo, pero que dé impresión de buen tono.

(Por la derecha sale ARABELA, en salto de cama, trayendo a DORITO de la mano.

ARAB. ¡«Apuráte»! no seas sonso! ¡Cuánta macana! «Podés» pasar sin temor.

DORI. También es capricho que hablemos a solas y en este sitio.

ARAB. No es capricho, mi amor. ¡Es que me «tenés» coladita. (Se apoya en el.)

DORI. No te acerques que tengo que jugar la final del campeonato.

ARAB. Y yo. Será la última «ves» que podamos vernos antes de casarme.

DORI. (Nervioso.) ¡Arabela, que tengo que defender los colores del Club!

ARAB. No me saques los colores ahora.

DORI. ¡Adiós mi entrenamiento! (Pausa. El se vuelve de espaldas. Ella se quita el salto de cama y queda en «deshabillé».)

ARAB. ¡Araca, mi viejo, que mi amor será tuyo! (Se hecha en sus brazos.)

DORI. Lo dicho: pierdo el campeonato. (Suenan golpes en la puerta de la derecha.)

DOMIT. (Dentro.) ¿Se puede?

ARAB. ¡La profesora que llega! ¡Escóndete, viejo, por favor!

DORI. ¿Dónde?

ARAB. Ahí, en la alcoba.

DORI. ¡Voy, voy! (¿Para qué habré venido yo aquí?)

(Váse precipitadamente por la izquierda.)

ARAB. (Acercándose a la derecha.) ¿Venís sola?

DOMIT. Sola

ARAB. «Pasáte entonses». (Abre la puerta y entra Domitila.) ¿Arregló todo?

DOMIT. Todo, pero debo quedarme sola. He citao aquí a Dalmacio y viene de seguro.

ARAB. «Escucháte»: ¿es que tengo que salir?

DOMIT. Solo un momento. El tiempo justo pa que yo le lea la cartilla a ese sinvergüenza.

ARAB. Vuelvo corriendo, ¿no? Pero... (Mira hacia la alcoba dudosa.)

DOMIT. (Comprendiendo.) Descuide. De aquí no sale nadie. (Váse Arabela por la derecha.) Voy a esperar a ese granuja de gran espectáculo. (Comienza a desnudarse.) El no me ha visto nunca con ropa de postín.

DORI. (Asomándose por la izquierda.) ¡Y se ha ido! (Al ver a Domitila en «deshabillé».) ¡Ay, la otra! ¡Pobre campeonato! (Desaparece.)

DOMIT. (Poniéndose un salto de cama que ha cogido de uno de los roperos.) La verdá es que Don Nicóstrato se ha portao. ¡Hay que ver la ropita que me ha mercao! ¡Y tó pa quedarse in-albis! (Suenan golpes en la puerta de la derecha.) Ahí está el muy charrán.

DALM. (Dentro.) ¡Tila! ¡Tilita!

DOMIT. Pasa, monín. (Abre y entra Dalmacio con aire de tristeza.)

DALM. No me llames monín que no lo merezco. Tila, soy un miserable. Pero, hazte cargo, no he sío yo, fué tu abandono el que me ha empujao a ese «proyeztao» matrimonio.

DOMIT. Adornao con un millón de pesos.

DALM. El adorno vendrá luego, de que me case.

DOMIT. No te disculpes. Te comprendo. ¡Como yo no tengo ná! (Abre el salto.)

DALM. (Mirándola.) ¡Rediez, que no tiés ná! No me apabulles con tus quejas. Tú tiés... lo necesario. Pero lo necesario no basta pa vivir. En cambio, la americana está forrá.

DOMIT. Por eso buscas su abrigo.

DALM. Escucha, Tilita: deja que me case, que transcurra la luna, que agarre los cuartos, y te pongo una terraza en la Gran Vía con calefacción hasta en la azotea.

DOMIT. Imposible. Si tú te casas no nos veremos más. Haré una locura.

DALM. ¿Qué dices?

DOMIT. Consentiré en las pretensiones de Don Nicóstrato que me ha prometío toda su fortuna.

DALM. ¿Toda? (Muy cariñoso.) Oye, ¿eso es verdad o me lo dices pa darme achares?

DOMIT. ¿Que si es verdá? (Suenan golpes en la puerta de la derecha.) Escucha.

DALM. ¡Mi madre!

DOMIT. ¡Es él!

DALM. ¿El en tu cuarto y tú en ese traje? ¡Lo echo a patás!

DOMIT. (Conteniéndole.) Y se descubrirá tó y no te casarás con su hija. (Más golpes.) Lo importante es que no te vea.

DALM. ¿Y ande me meto?

DOMIT. Aquí mismo. (Lo mete en el armario de la derecha.) ¡Magnífico! (Se acerca a la puerta y pregunta:) ¿Quién es?

NICOS. (Dentro.) El esperado.

DOMIT. (Abre y entra DON NICOSTRATO. Muy coqueta.) ¡Uy, por Dios! ¿Qué dirá usté de mí? (Se arropa.)

NICOS. ¡Qué traje más majo!

DOMIT. Si no es traje. Es un salto de cama. ¿No se acuerda? ¡Como me ha regalao usted tantos!

NICOS. «Deciocho». Y siete a Márgara, la doncella, y cuatro a la cocinera y veintiuno a las demás. Dende que vive usté en esta casa me tiene dando saltos.

DOMIT. Es usté espléndido.

NICOS. Tó pa que no «mermuren» de los regalos que le hago a usté. Y es que me ha vuelto usté loco.

DOMIT. (Fingiendo temor.) ¡Don Nicóstrato!

NICOS. No se asuste. Yo soy un caballero. Tengo 40.000 duros de renta diarios tós los días; dos pesetas más que Roquefeller. ¡Lo que se dice un caballero!

DOMIT. Siendo así... (Se abre el salto provocativa.) La prueba de que confío en usté es que le recibo con esta ropa. Ya vé...

NICOS. (Al verla así se derrumba en brazos de ella.) ¡Ay, Domitila!

DOMIT. ¿Qué es eso? ¿Se pone usté malo?

NICOS. No sé... Un mareo... (Se abraza más.)

DOMIT. Come usté demasiao. Debía ponerse a régimen.

NICOS. (¡Me voy a poner a caldo!) (Suenan nuevos golpes en la puerta de la derecha y se separan rápidamente.)

DOMIT. ¡Ay, por Dios! ¡Alguien viene! ¡Qué compromiso!

NICOS. ¡La panocha! ¿Quién será?

DOMIT. Cualquiera. Una de las doncellas que se ha desvelado. ¡Escóndase por lo que más quiera! ¡Aquí! (Lo mete en el armario de la izquierda.)

NICOS. (¡A la que sea la despido mañana!)

ARAB. (Entrando por la derecha.) ¿Llego a tiempo?

DOMIT. Como si hubiera estao mirando por la cerradura.

ARAB. Es que he estao.

DOMIT. ¿Usté?

ARAB. No me lo reproche. Estaba Dorito ahí dentro... Usté quiso quedarse sola... Y ahora, ¿que tengo que «haser»?

DOMIT. Aprovechar el tiempo hasta que den las doce.

ARAB. Corro con mi gaucho que ya deben ser «serca». ¡A ver si le estropeo el «campionato» (Mutis izquierda.)

DOMIT. (Mirando el reloj.) Ya pués correr que ya han pasao las doce. ¡Y Berúlez sin venir! Ese

idiota se ha jugao el «contine». Pues yo no aguardo más. (Va hacia los roperos y llama.) ¡Dalmacio! ¡Don Nicóstrato! Surjan ustés que vamos a tener un «pourparle tete a tete». (Salen los dos. Se les ha ocurrido la misma idea y se han disfrazado grotescamente con ropas de mujer y grandes pamelas. Vienen hechos una birria.) ¡«Mon Dié»! ¿De ande salen estas girles?

DALM. (Reparando en Don Nicóstrato.) ¡Arrea! ¡Miss España!

NICOS. ¿Qué es eso? ¿El Marqués disfrazao de carabina? (Indignado.) ¿Que hacía usté ahí dentro?

DALM. (Afeminado.) Ya ve usté: vainica.

NICOS. Yo necesito que me se explique esto.

DOMIT. (Abrazando a Dalmacio.) Es muy fácil. ¡Es mon hom!

NICOS. ¿Que usté y el Marqués...? ¡No pué ser!

DOMIT. ¡Qué Marqués! Aquí es Dalmacio Cepillo, limpiabotas retirao porque tengo muchos duros pa que él no trabaje.

DALM. (Amoroso.) ¡Tila!

NICOS. Pero entonces..., ¿cómo le quito yo la mancha a mi hija?

DOMIT. Entre usté en mi alcoba, que pué que tropiece con un bidón de bencina de la que a ella le gusta.

NICOS. ¿Bencina? ¡Prendo fuego la casa! (Váse corriendo por la izquierda.)

DALM. Tila, tengo que reconocerlo: eres un hacha. (Por la derecha viene Don Nicóstrato, trayendo a Dorito cogido por una oreja. Detrás Arabela. Dorito viene con la ropa en desorden, el pelo alborotado, la camisa desabrochada, etc. Cae una cortina delante de los personajes para que se pueda hacer la mutación al último cuadro con facilidad.)

NICOS. Venga usté acá, ¡so... deportista! ¿Qué hacía usted ahí dentro con mi hija?

DORI. Don Nicóstrato, que yo no he tenido la culpa.

ARAB. ¡Dí que sí, papaíto!

DALM. ¡Ah! ¿El pollo es el de la mancha?

DORI. Yo soy de Valladolid.

NICOS. Se casará usted con mi hija.
DORI. ¡Maldita sea! ¡Yo que era ya casi internacional!
NICOS. Y ahora, dejarnos solos que éste y yo tenemos que ajustar una cuenta.
ARAB. Vamos a mi cuarto.
NICOS. Pero... ojito con Dorito.
DOMIT. Yo les acompañaré. (Acariciando a Dalmacio.) ¡Adios, «mon biyú»! (Vánse Arabela, Domitila y Dorito.)
NICOS. ¿Con que usté es Cepillo, de oficio limpiabotas?
DALM. Sí, señor.
NICOS. ¡Y pa eso he comprao yo un «movietone»! ¡Yo que quería impresionarle a usté!
DALM. Y lo ha conseguío, porque está usté más impresionante que el incendio de las Salesas.
BERUL. (Dentro.) ¡Fuego! ¡Fuego!
NICOS. (Aterrado.) ¡Rebomba!
DALM. (Idem.) ¡Remanga!
BERUL. (Sale corriendo.) ¡Fue...! (Me paece que me he retrasao.)
DALM. ¿Ande es el fuego?
BERUL. ¿Son ya las doce?
NICOS. ¡Que ande es el fuego!
BERUL. No; si no son las doce, no.
NICOS. ¿Pero es que el incendio es a hora fija?
DALM. ¡Acaba ya! ¿Que te ha pasao?
BERUL. Que me he dormío. (Fijándose en la forma que van vestidos.) Y ahora que caigo, ¿es que van a hacer ustés otra película como la de esta tarde? Pues yo no me la pierdo de vista.
NICOS. Hombre, si; me has dao una idea. Pa celebrar la boda de mi hija, voy a impresionar un «fil» intitulado «El final de la revista».
DALM. ¡Pues a las tres!
NICOS. Voy por los cacharros. (Mutis.)
BERUL. Y no vuelva usté a meterse en líos, señor Dalmacio.
DALM. Descuida, Berúlez, que pa mí la última aventura de castigador matritense será LA NIÑA DE LA MANCHA. (Oscuro y Mutación.)

Música.

(Cuadro final. Decorado fantástico. Mucha luz, mucha alegría. Una gran escalera, dorada o plateada, coge la mayor parte del escenario. Durante la primera parte del número evolucionan las segundas tiples en la escalera. Al recordar el tema del número 4, o sea el Chevalier, sale la Bailarina, y en el recuerdo del tema del número 8, o sean los Zulús, van desfilando por la escalera todas las primeras figuras de la Compañía, luciendo caprichosos y originales trajes. Todo el vestuario de este cuadro completamente fantástico, a gusto de la Dirección del teatro.)

TODAS

¡Chevalier!
es el artista,
¡Chevalier!
que me conquista...
etc., etc., etc.

(TELON)

FIN DE LA HISTORIETA COMICA

OBRAS DE JOAQUIN VELA

«La última canción», boceto de comedia en un acto (1).

«El secreto de la Cibeles», disparate mitológico en un acto. Música del maestro Alonso (1).

«Arroz y tartana», adaptación escénica en cuatro actos de la novela de Blasco Ibáñez (1).

«El otro camino», comedia en dos actos (1).

«La tamborilera», zarzuela en un acto. Música del maestro Alonso (1).

«¡Hay que ver! ¡Hay que ver!», sainete en un acto, consecuencia de «La Montería». Música del maestro Fuentes (1).

«La danza de Salomé», zarzuela cómica en dos actos. Música de los maestros Fuentes y Camarero (1).

«Las Vírgenes eternas», revista en dos actos. Música de los maestros Cases y Barbaglia (1).

«¡Vaya jarana!», parodia de «La Bejarana». Música de los maestros Vela y Sancha (2).

«¡Eh! ¡¡Eh!! ¡A Novedades!», apropósito en un acto. Música del maestro Cases.

«La guardia real», zarzuela en dos actos. Música del maestro Cases (1).

«Las islas Jha-jhá», pasatiempo en medio acto. Música del maestro Cases.

«Por qué fué don Juan «tenorio», antecedente de «Don Juan Tenorio». Música de los maestros Penella y Roig (2).

«¡Deme usted su ropa!», entremés vodevilesco.

«American-Bar», sketch cómico lírico. Música de los maestros Muñoa y Miranda.

«Un rapto en Venecia», sketch lírico. Música de los maestros Muñoa y Miranda.

«¡Señoras..., a votar!», apropósito en medio acto.

«Lo que cuestan las mujeres», humorada cómico-lírica en un acto. Música del maestro Rosillo (3).

«El milagro de San Cornelio», cuento popular en acción en medio acto. Música del maestro Penella.

«Todo el año es carnaval o Momo es un carcamal», fantasía humorística en un acto. Música del maestro Rosillo (1).

«La travesura der niño», juguete cómico-lírico en un acto. Música del maestro Rosillo (1).

«El curiosígrafo», sketch cómico-científico (3).

«Noche loca», revista en dos actos. Música del maestro Alonso (3).

«Yo quiero ser guapo», pasatiempo en un acto. Música del maestro Rosillo (1).

«El país de la revista», fantasía humorística en dos actos. Música del maestro Rosillo (1).

«Las lloronas», historieta cómico-vodevilesca en dos actos. Música del maestro Alonso (3).

«Paca, la morena o el figón de Curtidores», sainete lírico en dos actos. Música del maestro Roig (4).

«¡Por si las moscas...!, historieta cómico-vodevilesca en dos actos. Música del maestro Alonso (3).

«¡Es mucha Cirila...!, sainete en dos actos. Música del maestro Rosillo (1).

«La terraza», entremés sainetesco. Música del maestro Alonso (3.)

«Colibrí», historieta cómico-vodevilesca en dos actos. Música del maestro Rosillo (3).

«Me acuesto a las ocho», historieta cómico-vodevilesca en dos actos. Música del maestro Alonso (3).

«La niña de la mancha», historieta cómico-vodevilesca en tres actos. Música del maestro Rosillo (3).

«Las pavas», historieta cómico-vodevilesca en dos actos. Música del maestro Rosillo (5).

---

(1) En colaboración con Ramón María Moreno.
(2) En colaboración con José Silva Aramburu.
(3) En colaboración con José L. Campúa.
(4) En colaboración con Serafín Adame.
(5) En colaboración con Enrique Sierra.

Precio: 2,50 pesetas